

VIDA DE SAN BENITO DE ANIANE¹. POR ARDÓN

Introducción²

La figura de san Benito de Aniane^{*} es sin lugar a dudas una de las que mayormente se destaca entre las de la Iglesia carolingia. En esos tiempos de epopeya, o mejor aún, en el momento en el que la epopeya se apoderó de éstos, para hacer del emperador, de sus pares y de sus enemigos, así como de tantos, casi semidioses, superhombres, ciertamente no a la medida de los de Nietzsche, pero de una grandeza moral y humana poco comunes, reconstruir exactamente lo que fue la vida de un hombre tomado aparte, delimitar la real dimensión de su influencia, sería una tarea casi imposible si sólo tuviéramos los ingenuos y legendarios relatos de los siglos XII y XIII. Afortunadamente la Historia ha conservado algunos documentos demasiado poco numerosos, escritos en vida misma de los personajes cuya característica de acción y pensamiento ella quiere conocer. Y por muy escasos que sean, estos documentos le son de un inestimable auxilio en su lucha contra la leyenda.

Si la vida de san Guillermo de Gellone ha sido totalmente mitificada por las canciones de gesta, tanto y de tal modo que *Guillaume au Court Nez* está lejos de dar una idea del monje de los desfiladeros de

¹ Traducción de Mauro Matthei, O.S.B., monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Chile, basada en la versión de Migne, PL 103, cols. 351-384 y comparada con la edición francesa de Fernand Baumes de 1909.

² Reproducimos la introducción a la edición francesa de Fernand Baumes, Cignac, 2 de diciembre de 1909. [Para completar y actualizar dicha obra remitimos al lector a: *Ardon. Vie de Benoît d'Aniane. Introduction et note: Pierre Bonnerue. Traduction de F. Baumes (+), revue et corrigée par Adalbert de Vogüé*, Bégrolles en Mauges (Francia), Abbaye de Bellefontaine, 2001 (Col. Vie Monastique. Série Monachisme ancien, n° 39), con amplia bibliografía y un mapa. En adelante citamos esta obra de forma abreviada: *Vie* N.d.R.

^{*}También llamado en otras traducciones españolas San Benito de Aniano (N.d.T.).



Héroult, la vida de san Benito tiene para nosotros la inmensa ventaja de haber sido escrita algunos años después de la muerte del segundo reformador de los monjes de Occidente y esto no por la imaginación popular, sino por uno de sus discípulos y por un santo, san Ardón.

De esta manera, está totalmente fijada, como en una medalla de bronce, la verdadera y auténtica fisonomía de este santo que tuvo por amigos a Carlomagno y sobre todo a Luis el Piadoso, quien se hizo el apóstol de una misión llena de paz y caridad para la formación o la reforma de múltiples monasterios. Ciertamente, esta vida merece ser conocida y estudiada; ella es eminentemente representativa de la época, arroja un aspecto del todo luminoso acerca de la organización monástica de entonces y al mismo tiempo fija o fortalece algunos datos de la ciencia sociológica, de la arqueología sagrada y de la liturgia.

La influencia de Benito fue inmensa y sin embargo, ésta apenas se conoce; pocos historiadores le otorgan la justicia que le es debida; los críticos de la nueva escuela histórica ni siquiera han pensado en dar a su obra la atención que consagran a otras, a menudo, de menor importancia. Lo que habría que estudiar, y en detalle, en Benito, es ante todo al hombre en tanto que santo religioso y enseguida al Padre de los monjes; por lo tanto la santidad que lleva y desarrolla en sí y los medios que utiliza para propagarla y desarrollarla en el exterior. En cuanto al escritor —aunque Benito no haya nunca escrito por escribir, ni siquiera lo pensó—, merecería también que se hiciera un serio estudio de sus cualidades dialécticas y didácticas. Las obras de Benito son, es verdad, de lectura poco atrayente, el tema no puede interesar más que a escasos espíritus; sin embargo es cierto que a quienes quisieran leerlas, éstas no otorgarían lo que cualquier otra lectura banal, sino una mayor comprensión del alma carolingia, es decir, de los sentimientos, de la manera de percibir, de juzgar y de vivir de los contemporáneos de Carlomagno y de sus sucesores. Y como polemista, no podemos dejar de lado a Benito, quien, sin estar a la altura de Agobardo de Lyon, a quien algunos llaman: “el primer publicista moderno”, se destacó ventajosamente por sus escritos contra la herejía de Félix de Urgel y Elipando de Toledo. Sus diversas obras están contenidas en la *Patrología latina* de Migne, tomo CIII.

En cuanto al autor de la *Vida de San Benito*, es justo decir aquí algunas palabras, muy concisas, es verdad, ya que poco o nada se sabe acerca de él. Lo que sí es seguro, es que fue uno de los primeros discípulos de Benito, que lo conoció bastante en Aniano y que viajó con él lo suficiente como para trazar un retrato fidedigno. Su antiguo nombre era Smaragdo, pero siguiendo el uso de aquel entonces lo cambió por el de Ardón, del mismo modo que Wilfredo se convirtió en Bonifacio, Ratberto en Pascasio y Witiza en Benito.

Fue —con Arnaldo el Negro, quien celebraba ante Luis el Piadoso y un monje anónimo autor de una *Crónica*—, el principal representante de la escuela fundada en Aniane y ya se puede, sólo con él, dar una idea de la cultura intelectual que allí se impartía. Fue incluso, durante un cierto tiempo, el director de esta escuela. Algunos autores le dan el título de abad, pero nunca se comprobó que lo haya sido alguna vez; ningún documento, de nuestro conocimiento, lo menciona en esta calidad. Se piensa que murió en marzo del año 843. Hasta 1855 la diócesis de Montpellier celebraba su fiesta: pero a partir de la reforma del propio de esta diócesis fue olvidado.

Su obra contiene los rasgos característicos de las obras de su tiempo. M. Kleinclausz, en un capítulo sobre la civilización carolingia³, dice que: “las obras históricas se distinguen de las de la época anterior por la abundancia de desarrollos y la superioridad de la forma... Si aún se encontrara en ellas el estilo ordinario de las leyendas, el fondo es más sólido, el latín más cuidado”. Este juicio se halla confirmado en todos sus aspectos en la *Vida* que nosotros vamos a traducir. Sobre su autenticidad, no se ha manifestado ninguna duda, y el texto que tenemos ante nuestros ojos es el del propio Cartulario de Aniane, manuscrito de los siglos XII y XIII.

Tal como él mismo lo dice, Ardón compuso su relato a petición de los monjes del monasterio de Inda, llamado posteriormente Kornelimünster, cerca de Aquisgrán y esto sin duda hacia el 825, aunque la fecha no pueda ser fijada más que de manera aproximada. El plan que siguió es muy simple, el método que emplea es excelente, sigue casi siempre un orden cronológico. Asimismo dice querer encerrarse en los límites de los anales. A medida que la ocasión se presenta, habla de las virtudes de su héroe, nunca explayándose más allá de lo conveniente, sin tampoco querer atribuírselas indistintamente. Se siente que es sincero, que es más biógrafo que hagiógrafo y no se advierte ningún intento panegírico.

Cuando habla de los hechos milagrosos, tiene el cuidado de decir que los ha visto o que posee alguna narración al respecto; y casi siempre habla según testimonios y actores directos. Si, por el contrario, no está seguro de lo que anticipa dice: “según se cuenta”... “parece”... Incluso aquí, no hay una búsqueda de lo maravilloso, ni de milagros robados al santo de la parroquia vecina o inventados para la gran gloria del suyo propio y la edificación beata de los simples. El sentido crítico de Ardón se halla suficientemente desarrollado, su admiración no es ciega, sino que procede de una convicción razonada y de una fe vital.

Su conocimiento, relativamente vasto, de las Escrituras, se advier-

³ *Histoire de France*, bajo la dirección de E. Lavisse, Hachette, 1903, t. II, p. 346.

te en varias citas que él realiza; sin embargo, nunca pretende alardear de erudición. Es cierto que narra en el estilo de las leyendas, pero no lo admite del todo: se siente la vida agitarse bajo las palabras, bajo las fórmulas arcaicas y consagradas. Ha vivido lo que cuenta, se interesa por ello. En una palabra y por muchas razones, su obra es digna de figurar al lado de la de Alcuino, de la de Eginardo, como también de la de Sulpicio Severo, de quien parece acordarse en varios lugares. Para la traducción que viene a continuación, he querido en la medida de lo posible hacer abstracción de mí mismo, otorgar una traducción impersonal, por así decirlo, a fin de que parezca que se está leyendo un original más que una copia.

No teniendo nada de un Jacobo de la Vorágine, no he pretendido escribir un capítulo de una nueva leyenda dorada; tampoco he tenido la intención de arcaizar mi estilo con el empleo de palabras en desuso, de giros atávicos: me he contentado con calcar la frase francesa sobre la frase latina. Bien sé que de esto resulta una cierta pesadez proveniente de los incidentes múltiples, de los participios, de los ablativos absolutos. Pero no importa, si he logrado fielmente dar cuenta de la fisonomía del texto primitivo. No me jacto de escribir artísticamente, ya que saldría mal parado si lo intentara. Sé pertinentemente, que a menudo me habría sido fácil, por una inversión o cualquier otro medio, dar a mi narración un tono más vivo, más personal. No lo he querido, ya que, una vez más, yo no escribo una vida de san Benito, sino que traduzco una que data del siglo IX. ¿Hace falta aún que haga alguna otra aclaración?

El prefacio de Ardón, que se leerá, contiene, él mismo, algunos pasajes que podría hacer míos. Se los notará durante la lectura sin necesidad de atribuírmelos. Será, por otro lado, una razón más para ser indulgentes conmigo.

TEXTO⁴

Prefacio de Ardón

[1] A los maestros justamente venerables, padres y hermanos, quienes en el monasterio de Inda sirven al Dios Jesús, Ardón, servi-

⁴ [Conforme a la revisión hecha por el P. De Vogüé de la versión de Fernand Baumes, los párrafos señalados con negrita corresponden a la edición de *Monumenta Germaniae Historica*, y aquellos números entre corchetes son los de la *Patrologia Latina*. Los pasajes entre < > (caps. 18-29 y 43-44) son probablemente interpolaciones de los monjes de Aniano, efectuados entre fines del siglo XI y la primera mitad del siglo XII (*Vie*, p. 47). Los subtítulos son nuestros] N.d.R.

dor de los servidores de Cristo, os saluda. Muy queridos hermanos, ya me han sido entregadas vuestras cartas⁵, llenas del amor y del piadoso recuerdo de nuestro padre Benito, abad, y que contenían breve, pero amablemente el relato de su muerte y de su partida hacia Cristo. En ellas os habéis dignado aconsejar a mi pequeñez a fin de que escriba más abundantemente, para los que deseen conocerlo, el comienzo de su vida religiosa. Pero hasta aquí, viendo que esta tarea excedía mis fuerzas, he aplazado emprenderla.

Quienes con un arte advertido escriben la vida, venerable por sus méritos y célebre por sus virtudes de quienes les han precedido, deben tener cuidado de no omitir, por torpe negligencia, nada significativo, ni agregar por complacencia, nada superfluo; sino que es necesario que lo que escriban al correr de la pluma sea escogido con un cuidado extremo y además respaldado con la opinión de testimonios certeros. Es necesario además que no torturen a los doctos con una rusticidad llena de faltas, sino que, condimentadas con la sal de la urbanidad, sus palabras educadas, acaricien, por decirlo de algún modo, el oído de los críticos. En cuanto a mí, consciente de mi inhabilidad, aunque debiera ejecutar vuestras órdenes, he guardado silencio por mucho tiempo... y he esperado que la obra fuera ejecutada por aquellos que estaban mejor informados.

Me parecía que sería un crimen escribir la vida de tal personaje en un estilo inhábil y tomar para mí una tarea reservada más bien a otros más doctos, a los que pueden, por ejemplo, con gran abundancia de expresiones, exponer con brillo todo lo que deseen y conducir la barca entre los escollos, sin temor alguno, evitando cometer vergonzosos solecismos; a los que, dotados de una elocuencia expansiva, pueden hablar adecuadamente e imponer silencio a los críticos.

Temía que estos últimos, queriendo corregir las faltas de mi mala composición, exasperados por mi defectuosa redacción, fuesen a juzgar todo esto como algo despreciable, tanto más cuanto que yo sabía que estabais a las puertas sagradas del palacio y que no os saciaríais en absoluto con arroyos fangosos, sino que por el contrario, preferiríais beber cuidadosamente de la pura e inagotable fuente de la sabiduría. Esta consideración me ha hecho esperar el espacio de un año⁶.

[2] Entretanto, mi actitud inerte ha sido vivamente sacudida por las muy mordaces palabras de los hermanos, que el mismo Benito

⁵ [Se trata de la carta de los monjes del monasterio de Inda sobre la muerte de Benito enviada a Ardón, y que constituye el capítulo 42 (*Vie*, p. 49, nota 2)] N.d.R.

⁶ [Primavera del año 822 (*Vie*, p. 50, nota 3)] N.d.R.

había dado a luz para Cristo; ellos me alentaban para que les resucitase los hechos de su vida religiosa. Se diría que él no está alejado de ellos más que por la sola ausencia de su cuerpo, no por la plenitud del amor.

He aquí que finalmente emprenderé mi obra. Lo que me ha dado la audacia y la esperanza de ser perdonado, ha sido también poder hacerla en este mismo monasterio que como se sabe, fue construido por él desde el principio y entre estos hermanos, que conocieron sus comienzos religiosos. En efecto, lo que apenas pudo ser escuchado por otros, por el contrario, apenas podía no ser visto por éstos.

Nos disponemos pues a desarrollar a lo largo de nuestro trabajo lo que hemos recolectado, reuniendo todo esto como en un semillero, para ampliarlo más tarde, y pedimos humildemente, que si alguien valora en menos esta obra, la abandone o la corrija. En el primer caso, que deje leerla a quienes así lo quieran y que él mismo se ponga a leer la vida de los Padres precedentes alegrándose si Benito, caminando según sus fuerzas, no se ha alejado de la ruta que ellos siguieron. En el segundo caso, que su refutación no sea el efecto de un prejuicio temerario, sino que lo vuelva favorable el Juez imparcialísimo, interviniendo caritativamente.

[3] Ya que he obedecido vuestras órdenes, oh muy santos hermanos, os pido me ayudéis ante Dios con vuestras oraciones, para que tanto a vosotros que rezáis, como a mí, nos sea otorgado el perdón de nuestros pecados y para que esta obra sirva al provecho de los que vendrán después de nosotros. Y de nuevo, muy humildemente, os conjuro a releer esta vida con la mayor atención y a corregirla suprimiendo lo mal compuesto que en ella pudierais encontrar, o conservando lo útil en el fondo de vuestro corazón. Y si rompimos nuestro silencio siguiendo vuestras órdenes, os hemos mostrado nuestro afecto, no nuestra capacidad; no lo imputéis más que a vosotros mismos si hemos hablado, porque nos habéis pedido no callarnos nada.

Y como el abad Helisacar⁷ —como consta en una carta que a nosotros dirigió y que nos es más preciosa que el oro—, quedó unido a Benito por los lazos del más tierno afecto hasta su partida de este siglo, presentádme personalmente este libro después de haberlo examinado. Si él juzgase que sea ocultado, pido perdón por los errores que hubiera podido cometer. Pero si lo encuentra útil, que los que libremente obedecieron al abad Benito durante su vida, se esfuercen en imitar la vida del ausente.

Creo que ninguna persona instruida duda de que es por una muy

⁷ Helisacar fue canciller de Luis el Piadoso en Aquitania hacia 807 y se convirtió en 816 en canciller del imperio. Fue abad de San Aubin de Angers (818), de San Maximino de Tréveris (821), de San Riquier (822-837) y quizás también de Jumièges.

antigua costumbre, hasta aquí practicada por los reyes, que se pone en los anales, para conocimiento de la posteridad, lo que se ha realizado o ha sucedido⁸. Y como el espíritu, distraído por diversos asuntos, es cegado por el olvido, creemos que fue por un aviso divino que, a fin de arrancar al olvido lo que el curso del tiempo podría destruir, se confió su conservación a textos escritos. La lectura de éstos recrea y alegra a los que desean leer tales escritos y los inclina hacia la indulgencia y no consideran temerario al autor del escrito, incluso si se expresa con palabras menos educadas. Un vivo apetito de conocer los torna ávidos.

Que se nos acuerde, pues, el permiso para leer la vida de los Padres que nos han precedido y conservar para la posteridad lo que en nuestros días hemos visto y escuchado, a fin de trabajar por el avance de las almas; y que no se condene nuestro lenguaje novato, lleno de faltas de rusticidad; porque hemos optado por dar a conocer un ejemplo saludable, aunque sirviéndonos de términos impropios y desplegando el más bello estandarte en el extremo de astas más que ordinarias.

Que cada uno tome de todo esto lo que considere grato para su espíritu.

1. Los primeros años de Benito: al servicio de Pipino y de Carlomagno

[4] Así pues el venerable abad, Benito de nombre y de hecho, era de la tribu de los Getos; nació en una comarca de la Gotia⁹, de padres ilustres, pero la divina piedad lo volvió aún más ilustre por el maravilloso destello de sus virtudes. Su padre fue, mientras vivió, conde de Maguelone¹⁰ y siempre permaneció fielmente unido a la nación de los Francos; bravo e inteligente, fue muy temido por sus enemigos. Infligió, en efecto, una gran derrota a los Vascones, quienes para devastarlos, habían invadido las fronteras del reino de los Francos; de su ejército no se escapó ni uno solo, salvo el que fuera preservado por una vergonzosa huida.

Envío a su hijo aún joven al palacio del glorioso rey Pipino¹¹,

⁸ Ardón alude a los “Anales reales”, en que se refieren, año tras año, desde 741 hasta 829, los acontecimientos considerados como importantes.

⁹ Benito era de origen visigótico y como tal llevó el nombre de Witiza. La “Gotia” (*Gothia*), era la parte del Sur de Francia ocupada a partir de 412 por los visigodos.

¹⁰ Maguelone se encuentra a 10 km. al Suroeste de la ciudad de Montpellier.

¹¹ Pipino el Breve, rey de los francos entre 751 y 768, padre de Carlomagno.

donde éste lo entregó a la reina¹² para que fuera criado entre los hijos de los nobles. Allí, las amables cualidades de Benito lo hicieron querer entre sus compañeros. En efecto, se mostraba solícito y resultaba útil en todo, por lo que enseguida obtuvo el oficio de copero. Sirvió en tiempos del rey Pipino y después de la muerte de éste, cuando Carlos, el muy glorioso rey, hubo tomado el gobierno del reino, se aplicó también al servicio de éste.

[5] Durante este tiempo, iluminado por la gracia divina, comenzó a abrasarse por el amor del cielo, se esforzó por dejar el mundo, vio con disgusto los honores percederos, los cuales, con tenacidad, sabía que podría alcanzar, pero para perderlos inmediatamente después. Durante tres años, este deseo llenó su corazón, no confiándolo más que a Dios solo; tomando parte, sólo corporalmente, que no espiritualmente, en las acciones del mundo. Durante estos años, se preparó para ver si alguna vez podría llegar al más alto grado de continencia, quitando a su cuerpo el sueño, reprimiendo su lengua, absteniéndose de la comida, bebiendo poco vino, y como un hábil atleta, preparándose para el futuro combate. Benito anunciaba, aunque permaneciendo aún con el hábito secular, el estado que más tarde devotamente ejerció.

Sin embargo, aunque quiso sustraerse de las acciones del mundo, estaba indeciso acerca del modo en que lo haría. ¿Tomaría el hábito de peregrino, o se uniría con alguien para cuidar gratuitamente las ovejas y los rebaños de bueyes de los demás; o mejor aún, en una ciudad, ejercería el oficio de zapatero, para dar a los pobres lo que pudiera ganar? En medio de tales incertidumbres, volvió su espíritu dubitativo hacia el amor de la vida regular.

2. Estadía de Benito en el monasterio de Saint-Seine

[6] El mismo año en que Italia fue sometida al glorioso rey Carlos¹³, como su hermano quisiera imprudentemente atravesar un río y fuese arrastrado por las aguas furiosas, Benito, que se hallaba a caballo sobre la ribera, viendo el peligro que su hermano corría, se precipitó a las aguas para salvar al que habría de morir, y, nadando montado en su caballo, alcanzó la mano de su hermano. Cuando la tuvo, fue retenido él mismo y a duras penas, el que quería salvar a un moribundo, pudo evitar el peligro de la muerte. Entonces, por un voto se comprometió con Dios,

¹² En 744 Pipino había desposado a Bertrada, hija de Heriberto, conde de Laon.

¹³ En los años 773-742 Carlomagno conquistó el reino de los longobardos en el Norte de Italia.

prometiéndole, que en adelante, no serviría más al mundo. Retornó a su patria, pero de esto, nada dijo a su padre.

Había un religioso llamado Widmar, privado de la luz corporal, pero resplandeciente de la luz del corazón, a quien (Benito) hizo parte de su propósito. Éste guardó el secreto y le dio un saludable consejo. Habiendo preparado todo, se puso en marcha como para ir a Aquisgrán¹⁴, pero después de haber entrado en la casa de Saint-Seine¹⁵, ordenó a los suyos volver a su patria, comunicándoles que deseaba servir a Cristo Dios en esta misma casa. Pidió autorización para ser recibido, y, habiéndola obtenido, hizo cortar su cabellera y tomó el hábito de un verdadero monje.

[7] Una vez monje, con una increíble abstinencia, durante dos años y seis meses, se puso a afligir su cuerpo. De tal modo, como si hubiera tenido por adversario a una bestia feroz, no daba a su carne más que un mínimo de comida; sustentando a su cuerpo con pan y agua, alejando más la muerte que el hambre y evitando al vino como a un veneno. Cuando al borde de sus fuerzas, éstas lo obligaban a dormir, lo hacía sobre un lecho miserable, algunas veces sobre la tierra desnuda; reposaba algunos instantes, sacando incluso de su reposo un nuevo cansancio. También a menudo pasaba la noche en plegaria, con los pies desnudos sobre el helado pavimento, y a tal extremo se sumergía en las divinas meditaciones, que durante varios días, se daba por entero a las sagradas salmodias sin romper la ley del silencio. Cuando todos dormían, tomaba los zapatos de los otros monjes, los lavaba del barro, y los dejaba limpios en sus respectivos lugares. Lamentablemente... ¡oh dolor!, algunos se burlaban de él como de un insano, tirándole de lejos sus zapatos, pero Benito soportaba tranquilamente su loco desprecio.

Era tal su pobreza en el vestir que es casi imposible explicarlo a quienes jamás lo han visto. Tenía una rústica y viejísima túnica que no se cambiaba más que después de haberla usado por largo tiempo. Por ello en su piel rugosa, había surgido una multitud de piojos, y sus miembros, extenuados ya por los ayunos, les servían de pasto. Sus cogullas estaban extremadamente gastadas por el tiempo y cuando su tela demasiado vieja se rompía, él remendaba la prenda dañada, tapando el agujero abierto con retazos de diferentes colores, lo que le daba un aspecto bastante deforme.

Por este motivo, muchos se burlaban de él, lo empujaban y lo escuchaban; pero con el espíritu fijo en el cielo, deseoso de más desprecios, cuando

¹⁴ Esta partida del hogar paterno tuvo lugar a fines del año 774.

¹⁵ El monasterio de Saint-Seine, situado a 27 km. al Noroeste de Dijon, había sido fundado en la primera mitad del siglo VI.

en los días de fiesta los demás se ponían sus mejores ropas, él, sin ningún respeto humano, ante los ojos de todos, se presentaba como de costumbre. Durante ese tiempo, nunca otorgó a su cuerpo baño alguno, y cada vez que la ocasión se presentaba, ejercía los trabajos más viles del monasterio.

[8] Por el auxilio divino la gracia de la compunción le había sido dada en tal medida, que lloraba cada vez que así lo deseaba. Tomaba sus alimentos cada día con lágrimas y gemidos, por temor del infierno, cantando con amor este verso de David: *En vez de pan, como ceniza, mezclo mi bebida con llanto* (Sal 101, 10). Sus mejillas estaban pálidas a causa de los ayunos, su carne enjuta; su piel estaba pegada a los huesos y pendía como un cuero de buey.

De este modo, mortificaba su cuerpo más que si hubiera tenido que domesticar a un animal salvaje; y cuando el abad le exigía ser menos severo consigo mismo, él no lo satisfacía en absoluto. La misma *Regla de san Benito* le parecía hecha para los débiles y principiantes¹⁶; él se esforzaba por practicar los dichos de san Basilio y la *Regla de san Pacomio*¹⁷, y, aunque hizo lo que pocos pueden, él soñaba sin cesar en cosas aún más imposibles.

Se derramaba en gemidos de penitencia porque pocos o ninguno de los monjes podía imitarlo, pero como con ayuda de la divina gracia debía ser para muchos un instrumento de salvación, se encendió en fervoroso amor por dicha *Regla de san Benito* y, nuevo atleta, como después de un combate singular, descendió a la arena para luchar públicamente. Entonces, se puso a reformar las costumbres de los otros monjes, a apresurar a los negligentes, a exhortar a los novicios, a apoyar a los buenos para que hicieran nuevos progresos, a reprender a los malos para que se corrigieran¹⁸.

[9] Se le confió entonces el cargo de *cellerario*¹⁹, en el que aprendió de memoria la *Regla* de dicho Padre, y se dio por completo a conformarse a ella: respondiendo, sin retardo, a las demandas lícitas,

¹⁶ Cf. *RB* 73,8: “Quienquiera, pues, que te apresuras hacia la patria celestial, practica, con la ayuda de Cristo, esta mínima *Regla* de iniciación que hemos delineado”.

¹⁷ Ardón, equivocadamente, supone que las prácticas ascéticas arriba descritas se inspiraban en las reglas de san Basilio y san Pacomio. Lo que sí es cierto, es que más tarde Benito de Aniano, incorporaría ambas Reglas a su *Codex regularum*.

¹⁸ Según esta versión la conversión de Benito de Aniano desde un régimen de vida de extrema penitencia a una *conversatio* más benedictina se debió al deseo del santo de presentar a los más jóvenes un modelo más accesible de vida monástica.

¹⁹ *Cellerario* (despensero, mayordomo, administrador) es el título que la *RB* otorga al ecónomo del monasterio.

rechazando las indebidas, excusándose amablemente cuando no podía dar lo que se deseaba²⁰. Y como no les daba vino a su voluntad, muchos lo miraban mal. Se ocupaba diligentemente de los huéspedes, de los niños y de los pobres²¹. Por lo mismo, el abad le cobró mucho afecto, ya que era útil en todo, de vida prudente, preocupado del bienestar de los demás, dedicado a su oficio, avaro de palabras, pronto a obedecer, afable en los consejos. La divina bondad le había acordado, junto con muchas otras virtudes, el don de la inteligencia y una abundante elocuencia espiritual.

3. Los inicios del monasterio de Aniano

[10] Al cabo de cinco años, y ocho meses pasados en estas ocupaciones salutíferas, el abad de dicho monasterio dejó este mundo. Entonces unánimemente todos estuvieron de acuerdo en poner a Benito a la cabeza del monasterio. Pero él, viendo que no se adaptaría a sus hábitos, ni ellos a los suyos, se apresuró a dirigir sus pasos hacia el suelo paterno, y allí, en los dominios de su padre y también suyos, junto al pequeño arroyo que se llama Aniane, no lejos del río Herault, con el religioso Widmar ya mencionado, y algunos otros, construyó junto a la pequeña iglesia de san Saturnino, una estrecha celda para vivir en ella²². En este lugar vivió algunos años en una gran pobreza; implorando día y noche con gemidos y lágrimas la clemencia divina para que diese a su deseo un efecto más eficaz. Había entonces en aquella provincia hombres eminentes por su gran santidad, tales como Atilio, Nebridio y Aniano²³, quienes vivían religiosamente, pero ignorando la observancia de una regla. Habiendo encontrado a Benito, le estimaron grandemente; del mismo modo, cuando Benito quería superar alguna dificultad, montaba rápidamente sobre un pequeño burro e iba a encontrar a Atilio, que era el más próximo.

[11] En los primeros tiempos, muchos, encendidos de celo

²⁰ El capítulo 31 de la *RB* está consagrado al *cellerario*. En 31,7 prescribe: “Si quizás algún hermano pide algo sin razón, no lo entristezca con su desprecio, sino niéguele razonablemente y con humildad lo que aquel pide indebidamente”.

²¹ Eco de *RB* 31,9: “Cuide con toda solicitud de los enfermos, niños, huéspedes y pobres, sabiendo que, sin duda, de todos éstos ha de dar cuenta en el día del juicio”.

²² Se ignora el lugar exacto de la ermita del santo en la región de Aniano, cerca de Montpellier.

²³ Atilio, abad de Saint-Thibéry; Nebridio, fundador de la abadía de Lagrasse y posteriormente arzobispo de Carbona; Aniano fue el primer abad del monasterio de Caunes.

divino, abandonaban el mundo e intentaban vivir con él como religiosos, pero desalentados y aterrados por este nuevo estilo de vida y en la obligación de tomar un inusitado camino de abstinencia, de tener el vino y el pan restringidos, echaban rápidamente pie atrás en el camino de la salvación y volvían como los cerdos a sus basuras o como los perros a sus vómitos. Y el hombre de Dios, en vista de su fe inestable, se sintió perturbado y quiso volver a su propio cenobio. Por esta razón, a fin de pedir consejo, se volvió hacia el religioso ya mencionado; mas éste, cuando Benito le hubo expresado su deseo, lo desaprobó diciendo que le había sido mostrado de lo alto que él, Benito, era una luz dada a los hombres. Por ello, tenía que llevar esta excelente empresa hasta sus últimas consecuencias; su ánimo no era más que una artimaña del viejo enemigo a quien jamás hay que dar consentimiento: éste, siempre celoso de los hombres de bien, se opone a sus acciones.

Así, reconfortado por sus consejos, Benito retomó la tarea que tan ardientemente deseaba completar y, no construyendo nada sobre los fundamentos de los demás²⁴, se puso a elevar construcciones a partir de un nuevo plan y se esforzó por trazar un camino de salvación desconocido.

4. Penurias de los primeros tiempos

[12] Así pues, el venerable Benito, con algunos hermanos que, habiendo conocido su intención, se unieron a él, hizo florecer en el susodicho lugar la vida religiosa. Queriendo abrir, a quienes deseaban ganar el cielo, una ruta gratuita, se puso a trabajar con sus propias manos y temiendo que después de haber predicado a los demás, fuera él mismo reprobado²⁵, ponía cuidado en seguir antes que todos los consejos que daba. La penuria en la que se hallaban no lo espantaba y no le hizo en absoluto abandonar la obra ya comenzada; más bien, como dice el Apóstol, expuesto *al hambre, a la sed, al frío, a la desnudez* (2 Co 11,27), exhortaba a sus discípulos a perseverar, con el corazón firme, recordándoles que el camino que lleva al cielo es estrecho y arduo²⁶ y que *los sufrimientos del tiempo presente no son en nada en comparación con la gloria futura que debe ser revelada a los santos*²⁷. Fortalecidos por estas enseñanzas, deseaban pruebas más grandes.

²⁴ Cf. *Rm* 15,20.

²⁵ Cf. *1 Co* 9,27.

²⁶ Cf. *Mt* 7,14.

²⁷ *Rm* 8,18.

No tenían ninguna propiedad, ni viñas, ni rebaños, ni caballos; pero tenían un pequeño burro que, cuando se tenía que ir a alguna parte, aliviaba alternadamente la fatiga de los hermanos. Sólo los domingos y los días de fiesta bebían vino. Algunas veces su hambre era mitigada con la leche que les era llevada por las mujeres vecinas; ya que las privaciones debilitaban sus cuerpos, alimentados sólo de pan y agua. También, para arrojar el frío que se apoderaba de ellos, usaban coberturas cuando asistían a las vigilias divinas. Eran, es cierto, pobres de bienes materiales, mas muy ricos en méritos y mientras más quebrantaban su cuerpo por el hambre, más enriquecían su alma de virtudes. Ardían de amor celestial y sólo las lágrimas, en su estrechez, les servían de consuelo. Pero en vista de esta invencible unión fraterna, el viejo enemigo se esforzaba en destruirla por medio de sus artificios.

[13] Tenían muy cerca un molino para moler los granos de los que podían disponer. Una noche llegó un extranjero animado de malas intenciones, a quien después de haber atendido tanto como pudieron, dejaron dormir en el establo del burrito. Pero su huésped se mantuvo malvadamente despierto y mientras que todos dormían, se levantó, tomó consigo la manta sobre la cual se había recostado, el balde del agua, sin olvidar las herramientas del molino, y se fue, retribuyendo de este modo el mal por el bien recibido. A la mañana del otro día, los discípulos contaron al maestro el daño que habían descubierto; pero él les aconsejó soportar con buen ánimo los perjuicios causados y considerar las pérdidas más bien como ganancias, observando que más bien había que compadecerse de aquel, quien por ganar algún lucro había perdido la fe²⁸.

5. Aumento del número de los discípulos

[14] Poco a poco aumentaba el número de discípulos, la fama de su vida piadosa se expandía poco a poco, yendo de boca en boca entre los habitantes e incluso llegó a los rincones más lejanos. Y como el sector en donde se había establecido primitivamente era demasiado estrecho, a poca distancia de ese lugar se puso a construir un nuevo monasterio. Y mientras los hermanos trabajaban, él les ayudaba algunas veces y en ocasiones incluso les preparaba la comida, y mientras cocinaba hasta se empeñaba en escribir un libro. A menudo, por la falta de bueyes, cargaba junto a sus discípulos los troncos de los árboles en sus espaldas. Ahora bien, ya había una casa

²⁸ Cf. Gregorio Magno, *Diálogos* II, 8,4.

en el lugar en donde se alistaban para construir un monasterio; la hizo agrandar y la consagró en honor de la santa madre de Dios, María²⁹.

Los discípulos acudían de todas partes y solicitaban a porfía ponerse bajo su magisterio. De este modo la construcción del monasterio fue terminada rápidamente, y sus posesiones materiales se aumentaron, porque cada uno daba lo que tenía. Benito no había querido que se decoraran los muros, ni que se emplearan tejas rojas, ni que se pintaran las paredes, sino que se cubrieran con caña y que se hicieran muros absolutamente ordinarios. Ya que, aunque aumentaba el número de hermanos, él siempre buscaba lo más vil y lo más humilde³⁰.

Así, cuando alguien deseaba donar parte de sus bienes al monasterio, él lo consentía, pero si a esto se querían agregar algunos siervos o siervas, él no lo aceptaba y nunca permitió en aquel tiempo, que persona alguna fuera adjudicada por testamento al monasterio, ya que de inmediato ordenaba su libertad. En cuanto a los vasos en donde se consagraba el Cuerpo de Cristo, nunca quiso que fueran de plata; los primeros que tuvo fueron de madera y luego de vidrio y finalmente consintió en tener de estaño; pero siempre rehusaría utilizar ornamentos de seda y si recibía algunos como donación, los daba a otros para su uso.

6. Nuevos cenobios bajo la tutela de Benito

[15] Además, surgieron en esta región y en los alrededores, religiosos que construían monasterios y reunían monjes, apresurándose a imitar al bienaventurado Benito; conducidos por sus consejos, abandonaron sus antiguas vidas y sus anteriores errores. Y Benito fue como su padre, ayudándolos y socorriéndolos, no sólo en los asuntos espirituales sino que incluso en los corporales; los visitaba a menudo, los exhortaba a no abandonar la obra comenzada, no fuere que, asustados por las privaciones, y perturbados por los temores, sus espíritus miraran hacia atrás³¹. Así, gracias a este saludable apoyo, surgieron muchos cenobios y una multitud de monjes permanecieron allí firmemente.

²⁹ A fines del siglo XVII los monjes maurinos reconstruyeron esta iglesia, actualmente consagrada al Santísimo Salvador.

³⁰ Eco de *RB* 7,49: “El sexto grado de humildad consiste en que el monje esté contento con todo lo que es vil y despreciable”.

³¹ Eco de *RB*, *Prólogo* 48: “No huyas enseguida aterrado del camino de la salvación, porque éste no se puede emprender sino por un comienzo estrecho”.

7. Gran hambruna

[16] A causa de una gran hambruna que tuvo lugar en esta época, un gran número de pobres, viudas y huérfanos acudieron a él y se agolparon ante las puertas del monasterio y en los caminos. Y Benito, viéndolos extenuados por las privaciones, y aún más, ya casi engullidos por la misma muerte, se llenó de angustia, ya que no veía de dónde sacar alimento para tal muchedumbre. Pero como nada falta a quienes tienen temor de Dios³², ordenó que se reservara a los hermanos lo suficiente como para sobrevivir hasta la próxima cosecha y el resto lo hizo distribuir diariamente por hermanos designados para dicho efecto. Cada día se daba también carne de vacuno y de cordero, así como la leche de las ovejas. Muchos se construyeron cabañas en lugares apropiados para vivir allí hasta la próxima cosecha. Una vez acabados los víveres, Benito ordenó racionar lo que había reservado para el consumo de los hermanos, lo que se repitió tres veces más. Sin embargo, era tal el sentimiento de piedad que había en el corazón de los hermanos, que habrían abandonado todo si así lo hubieran podido. En efecto, cada uno llevaba, a escondidas, aquello que podía sustraer a su ración, a los casi consumidos por las privaciones, arrancándolos con gran esfuerzo del peligro de perecer. En ocasiones se encontraban cadáveres con un trozo de pan en la boca.

8. El *Felicianismo*

[17] No creo que deba pasar por alto que mientras que toda la provincia estaba invadida por la perversa doctrina de Feliciano, Benito, completamente fuera del alcance de este pérfido error, siempre se halló a salvo interiormente, con la ayuda de Dios; incluso preservó por su celo a muchos y no sólo a los menos importantes, sino también a príncipes de la Iglesia. Contra este nefasto dogma, armado en las discusiones de las flechas de la verdad, tomó parte en numerosas asambleas³³.

³² Cf. *Sal* 33,10.

³³ Benito de Aniano tomó parte considerable en la lucha contra la herejía de Félix de Urgel y de Elipando de Toledo (que afirmaban que Cristo era tan sólo hijo adoptivo de Dios). Participó en los sínodos de Ratisbona, Francfort y Aquisgrán. En 794, en el concilio de Francfort, Benito se relacionó particularmente con Alcuino. Sus relaciones fueron, desde aquel entonces, muy íntimas. Parece que, incluso, unieron sus esfuerzos contra el adopcionismo y Benito fue quien dio a conocer a los monjes de Septimania la primera obra de Alcuino contra esta herejía. Más tarde, Carlomagno lo asociaría a Leidrado de Lyon y a Nebridio de Narbona para preparar la conversión de Félix.

[18] En aquel tiempo, ya había un número considerable de hermanos animados por el ferviente deseo de la vida eterna. Luchaban para ver quién era el más humilde, el más pronto a obedecer, el más decidido en la abstinencia, el primero en las vigias, el último en hablar, el más despojado en sus vestimentas, el más ardiente en la caridad. Del mismo modo algunos fueron objeto de revelaciones.

9. El monje que tuvo una visión

En efecto, había un hermano que, siguiendo la consideración humana, se hallaba bastante menos desprendido que el resto, y el Padre, viendo que se comportaba con negligencia, juzgó que debía tener la misma rusticidad en su espíritu. Y he aquí entonces, que este monje, en estado de éxtasis, vio a una bandada de palomas; unas de un resplandor blanco y deslumbrante, otras distinguiéndose por una maravillosa variedad, y por último, otras cuya cabeza era de un color muy desagradable. Cuando preguntó lo que aquello significaba, le fueron dichos los nombres de cada uno de los que su negligencia había ennegrecido, así como los de aquellos a quienes su celo hacía resplandecer. Una vez de regreso, el monje relató al Padre lo que había visto y le advirtió de este modo que no lo despreciara. Y Benito, examinando las acciones de cada uno, y encontrando que el espíritu de los hermanos cuyos nombres le habían sido dichos por el religioso estaban conturbados, les impuso benignantemente una saludable corrección y así los llevó nuevamente a la forma debida.

10. Pruebas que debió soportar Benito

[19] Pero el antiguo enemigo, soportando con pena la unidad y el crecimiento del virtuoso rebaño, se esforzó por perturbar los corazones, a fin de lograr desterrar al mismo buen pastor de su propio rebaño. Por medio de sus artificios, hizo que varios salieran del monasterio, perturbó a otros tantos, pero no logró derrumbar un alma preparada para todas las tribulaciones. Reunió de nuevo sus fuerzas, algo debilitadas y alentó a sus discípulos en contra de Benito, los llevó a causarle perjuicios, a robarle caballos y bueyes, tanto a escondidas como a vista de todos. Pero él, que había preferido a Dios por sobre todas las cosas, perdió sin dolor lo que poseyó sin amor. Ciertamente nadie lo vio preocupado durante ninguno de los robos que le hicieron, no se informaba en absoluto de lo que había perdido, no buscaba para nada lo que había sido robado; y si el ladrón llegaba a ser prendido, él venía en su auxilio y, a escondidas, para

que no fuera descubierto, lo hacía evadirse.

11. El ladrón ayudado por Benito

Así, uno de estos ladrones que había robado algunos caballos del monasterio, fue atrapado, no sin haber resultado herido por los vecinos, y presentado al Padre, éste pagó sus deudas, le trajo un médico, y una vez curado, le devolvió la libertad, sano y salvo. Sucedió en otra ocasión, mientras que el Padre viajaba con otro hermano, que un individuo montado sobre un caballo robado al monasterio se cruzó con ellos en el camino. Mirándolo el hermano con ojos de sospecha, reconoció el caballo robado y rápidamente y en voz alta, dijo que aquel pertenecía al monasterio. Pero Benito le hizo callar: “A menudo un caballo se parece a otro,” dijo. Luego, tomándolo aparte, llamó la atención al hermano diciéndole: “Yo también lo reconocí, pero considero que más vale guardar silencio que cubrir a un hombre de confusión”.

12. El fuego que se detiene gracias a la oración de Benito

[20] Y como Dios todopoderoso, que creó todas las cosas, cumple también en el tiempo adecuado prodigios por medio de sus servidores, voy a relatar brevemente lo que hizo por intermedio de Benito.

Un día, el fuego estalló en la casa vecina a la basílica de la bienaventurada Virgen María. Pero cuando la voraz llama alcanzaba ya la paja seca, los hermanos acudieron consternados al ver que esta casa, que habían construido con tanto trabajo, iba a ser rápidamente consumida por las llamas, y se ocuparon lo mejor que pudieron para que el fuego no incendiara la iglesia vecina, ya que la violencia de la llama llegaba hasta allí. Benito también acudió a ver esta desgracia y los hermanos enseguida le rogaron que los ayudara con sus plegarias. Y éste, obedeciendo de inmediato la petición de los hermanos, se arrodilló llorando delante del altar de la bienaventurada Virgen María Madre de Dios. Y mientras que él rezaba, con el socorro inmediato de la divina misericordia, la dirección del fuego cambió en sentido contrario.

13. La plaga de saltamontes

[21] Hubo en el mismo tiempo tal cantidad de saltamontes, que llegaban a cubrir los rayos del sol a causa de su número; un enjambre

de estos insectos, que había venido para dejarse caer sobre una viña, que está próxima al monasterio y de donde los hermanos extraían habitualmente una gran cantidad de vino, iba a devastarla completamente. Pero el venerable abad se dirigió a la basílica de la Madre de Dios y, con una voz entremezclada de lágrimas, imploró el socorro divino. Poco más tarde, los saltamontes, cansados, se fueron.

14. El incendio vencido

[22] Otra vez, el fuego alcanzó una colina vecina; alimentado por los pastizales secos y por las hojas, lamía la tierra reseca por el gran calor del sol y amenazaba con arruinar la viña y el monasterio. Los hermanos acudieron para apagar el incendio, pero el fuego abandonó luego su camino y acabó por apagarse de derecha a izquierda. Si no hubiera sido por sus plegarias, no creo que un incendio de tal magnitud hubiera podido ser extinguido.

15. Un monje se salva de los ladrones

[23] El cuidado de los bueyes estaba confiado a un hermano; éste, saliendo del monasterio para dirigirse a sus quehaceres, pidió la bendición al Padre, quien de inmediato le hizo el signo de la cruz diciendo: “Que el Señor te proteja”. Al llegar a un cruce el hermano se encontró con dos ladrones; como había avanzado imprudentemente, aquéllos lo retuvieron por las riendas del caballo que montaba, pero después de haberse mirado por largo rato, sin decir nada, lo dejaron marchar. El hermano se apresuró en partir y el Padre, a quien contaría el hecho, le dijo: “La bendición de Dios te preservó de todo peligro”.

16. El prior azotado

[24] Tampoco creo que deba dejar pasar por alto este hecho del cual fui testigo. Un hermano había sido designado para el cargo de Prior, pero, habiendo caído en la soberbia, hubo que deponerlo. Llegó a tal grado de maldad, que una vez fuera del monasterio, se hizo ladrón, llegando incluso al punto de hurtar a escondidas un caballo del monasterio. Lo descubrieron y Benito lo mandó traer al monasterio, con los pies atados al caballo, mientras gritaba y juraba que jamás volvería a irse del monasterio. A causa de su poco sentido común, el abad le hizo dar algunos varillazos, y

desde aquel entonces, viviendo pía y justamente, permaneció en el monasterio, como si el enemigo maligno hubiese sido azotado en su persona.

17. Lo que Carlomagno hizo por Aniano

[25] En cuanto a la vida de un Padre como este, baste haber dicho cómo por medio de la divina clemencia dejó el mundo, cómo emigró de las comarcas de la Gotia, y cómo, con un nuevo trabajo, edificó un monasterio. Debo contar ahora más en detalle, cómo con la ayuda de Cristo, y bajo la orden de Carlomagno, construyó en el mismo lugar un nuevo monasterio.

[26] En el año 772³⁴, el décimo cuarto del rey Carlomagno, Benito, con la ayuda de duques y condes, hizo construir en honor del Señor y de nuestro Salvador una nueva iglesia mucho más grande; construyó también un nuevo claustro con numerosas columnas de mármol en los pórticos, y no cubrió más los edificios con paja, sino que con tejas. Este lugar está dotado de una santidad tal que cualquiera que con confianza venga aquí para rezar, y crea sin dudar en su corazón, obtendrá con prontitud lo que haya pedido. Como también brilla por una maravillosa piedad, pensamos que sería necesario mostrar más en detalle la disposición de este lugar para quienes vengan en el futuro.

El venerable padre Benito, empujado por una piadosa consideración, no quiso tomar a algunos de los santos como titulares patronos, sino que consagró esta iglesia en honor de la Divina Trinidad, como ya lo hemos dicho. Para que lo que acabo de decir sea más claramente reconocido, en el altar principal, tuvo la idea de hacer poner tres aras, para que parecieran representar así a las personas de la Trinidad; y la disposición resulta maravillosa, al mostrar en tres aras a la Trinidad indivisa y en un solo altar a la Divinidad una por esencia. Este altar es sólido por fuera, aunque hueco por dentro, figurando de este modo aquel que Moisés construyó en el desierto³⁵. Hay por detrás una pequeña puerta donde en los días ordinarios son guardadas en cofres diversas reliquias de los Padres. Que esto baste en cuanto al altar.

³⁴ Esta fecha de 772 debe ser considerada como un error de copista, porque en aquel entonces Benito aún no había abrazado la vida religiosa, lo que haría sólo en 776. El error está además reparado por las mismas palabras del texto que siguen: “en el año décimo cuarto del rey Carlomagno”, por lo tanto, en 782.

³⁵ Cf. *Ex* 27,1-8.

Pasemos rápidamente a la construcción del edificio y digamos en algunas palabras con qué orden y riqueza fue compuesto. Todos los objetos que sirven para el culto, y que están en este edificio, corresponden a un número de siete. De este modo, hay siete candelabros trabajados con un arte admirable, de cuyos fustes salen pequeñas ramas, esferas y lirios, nenúfares y copas en forma de nuez, a partir del modelo que antiguamente Beseleel³⁶ había hecho.

Delante del altar cuelgan también siete lámparas magníficas fundidas con un arte inestimable y que, según las personas hábiles que las han visto, son de un trabajo salomónico³⁷. En el mismo número, en el coro, cuelgan otras siete lámparas de plata en forma de corona. Éstas tienen a su alrededor pequeños círculos soldados en donde se posan unos pocillos, los que durante las principales fiestas, se llenan de aceite y se encienden; entonces la iglesia está iluminada durante toda la noche, así como durante el día.

Finalmente, tres altares en esta misma iglesia o basílica están dedicados, uno en honor de san Miguel Arcángel, el otro en honor de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y el tercero en honor del ilustre protomártir Esteban. En la iglesia de la bienaventurada Madre de Dios María, construida anteriormente, hay un altar de san Martín y uno del bienaventurado san Benito. En cuanto a la iglesia que ha sido construida en el cementerio, ésta se halla dedicada a san Juan Bautista, quien es el más grande entre los hijos de mujer, como lo atestiguan los oráculos divinos³⁸.

Es necesario notar qué humanidad y qué respeto inspira este lugar, confiado al cuidado de tantos príncipes. Así, el Señor Jesucristo es el príncipe de todos los príncipes, el rey de reyes, el Señor de los Señores que gobiernan³⁹; la bienaventurada Madre del mismo Dios, María, es mirada como la Reina de todas las vírgenes; Miguel está a la cabeza de todos los ángeles; Pedro y Pablo son los jefes de los apóstoles; Esteban, el protomártir, ocupa el principado en el coro de los testigos; Martín es la perla resplandeciente de los obispos y Benito el padre de todos los monjes. Y en los siete altares, con los siete candelabros y las siete lámparas, está representada la gracia septiforme del Espíritu Santo⁴⁰.

³⁶ Alude a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, artífice del gran candelabro del santuario (*Ex* 25,31-40 y *Ex* 31,2-6).

³⁷ Cf. *1 R* 7,45.

³⁸ Cf. *Mt* 11,11.

³⁹ Cf. *1 Tm* 6,15.

⁴⁰ Cf. *Ap* 4; 1,12.

18. Tarea organizadora de Benito

[27] El que quiera leer o escuchar esta vida, sepa que este monasterio (de Aniano) es la cabeza no solamente de los que han sido construidos en estas comarcas de la Gotia, sino también de los que, en otras regiones, en aquel tiempo o después, fueron construidos a partir de su modelo, enriquecidos por sus tesoros, como va a mencionarlo un documento⁴¹.

Benito se dedicó de todo corazón a estudiar la *Regla de san Benito*, a visitar un gran número de monasterios para comprenderla mejor, preguntando lo que no sabía a los hermanos que eran más instruidos. Reunió todas las Reglas de santos que pudo encontrar⁴², aprendió las normas útiles y los usos saludables de los monasterios, e hizo que sus monjes los observaran enseguida. Instituyó cantores, formó lectores, tuvo gramáticos y sabios versados en las ciencias de las Escrituras, de los que más tarde varios llegaron a ser obispos. Reunió una gran cantidad de libros, así como preciosos ornamentos eclesiásticos, grandes cálices de plata, y todo lo que estimó necesario para la obra de Dios fue adquirido por él con gran cuidado. De este modo, se dio a conocer por todo el mundo, y la reputación de su santidad llegó a oídos reales e imperiales.

En seguida fue al encuentro del muy glorioso emperador Carlomagno, para utilidad de su monasterio, y, éste, llevado por una piadosa consideración, le confió por carta la posesión de éste, a fin de que no recibiera ningún daño por parte de sus sucesores. Recibió cartas de inmunidad

⁴³ < concebidas del modo siguiente:

“En nombre de la Santa e indivisa Trinidad, Carlomagno, por la gracia de Dios, rey de los Francos y de los Longobardos y patricio de los Romanos.

“Creemos aumentar la seguridad de nuestro reino cuando por un efecto benévolo de nuestra piedad, acordamos a los establecimientos de las iglesias beneficios oportunos, asegurándoles, por escrito, con la protección de Dios, una posesión durable. Por eso, que sea sabido por todos, obispos, abades, condes, vizcondes, vicarios, centenarios, jueces, así como

⁴¹ Se trata de la lista de doce monasterios puestos bajo su dirección, mencionada en la carta de los monjes de Inda dirigida a Ardón.

⁴² Esta observación alude al inicio de una vasta colección de reglas monásticas, que le servirá a Benito para redactar su obra *Concordia regularum*.

⁴³ [Comienza la primera interpolación]. N.d.R.

por todos los fieles presentes y venideros, que el venerable Benito, abad del monasterio que él mismo ha construido recientemente, y desde los cimientos, en honor del Señor y de nuestro Salvador Jesucristo y de la Madre del mismo Dios, siempre Virgen, María, y de los otros santos, en el lugar llamado Aniano, en el pago de Maguelone, bajo el castillo de *Mont Calmès*, se ha acercado a nuestra clemencia, y, de manera completamente libre, ha puesto en nuestras manos dicho monasterio, con todo lo que este contiene y con los ornamentos de la iglesia, sus pertenencias y de sus dependencias, y ha puesto este mismo santo lugar bajo nuestra protección y nuestro dominio, para que sea regido por nosotros.

Es por eso que a esta petición hecha de su parte y en vista de la recompensa eterna, hemos acordado a este santo lugar este favor: que, para lo que es iglesia, lugares, tierras u otras posesiones del dicho monasterio, que él ha reconocido legalmente en este tiempo, ya sea por nuestra donación o confirmación, ya sea por la de los fieles, en cualquier lugar en donde hayan sido dados, por amor de Dios, así como por todo lo que posteriormente la divina piedad querrá agregar a los derechos de este santo lugar, ya sea por nosotros, ya sea por otros, prescribimos y ordenamos, bajo pena de anatema, que ningún conde, ni obispo, ni poder judicial alguno, sea para entender las causas, o exigir multas, sea para hacer estada o paradas, sea para tomar rehenes a los fideicomisos, cause molestias a los hombres del monasterio, tanto libres como siervos, que viven en el territorio de dicho monasterio, y, sea para percibir rentas o impuestos ilícitos o exigir algún cobro, ose entrar en ningún momento a estas tierras ni presuma imponerles carga alguna. Antes bien, que el abad Benito o sus sucesores, o los monjes de dicho monasterio, presentes o venideros, a causa del nombre de Dios, bajo el beneficio de una entera inmunidad, sin ninguna inquietud ni contradicción, puedan ejercer la propiedad de éste y que no haya que rendir a nadie ni por nada ninguna renta, puesto que queremos constituir este santo lugar bajo nuestra defensa y dominio. Resolvemos entonces y ordenamos que ni vosotros, ni vuestros hijos o sucesores, ni ningún otro, revestido de un poder judicial, presuma en ningún momento contrariarlos u oprimirlos en lo referente a la iglesia, construcciones, tierras u otras posesiones de dicho monasterio, o en lo referente a todo lo que está escrito más arriba. Que esto, que por el nombre de Dios y por la eterna recompensa hemos otorgado a dicho monasterio, sirva a su prosperidad perpetua.

Y cuando, llamados por Dios, dicho venerable abad Benito, o sus sucesores, hayan pasado de esta luz al Señor, con nuestra voluntad y permiso pueda ser libremente elegido aquel que haya parecido el mejor y en

todo fiel a nosotros, aquel que esta santa congregación haya elegido en dicho monasterio o en otra parte, para nombrarlo abad y confiarle la dirección de esta misma santa comunidad, según la *Regla de san Benito*; tenga el poder según nuestra orden y nuestro consentimiento de hacerse ordenar él y sus monjes donde quiera y por cualquier pontífice. Y que los servidores de Dios que lo sirven en este monasterio tengan a bien implorar la misericordia divina para Nos, nuestra esposa y nuestros hijos y para la estabilidad de todo el reino que Dios ha confiado a nuestro cuidado”.

19. Benito y la vida monástica

[28] Tales son los privilegios que el muy glorioso rey Carlos acordó por ordenanza al venerable Benito, quien además recibió a través de una carta imperial ciertas tierras vecinas, idóneas para la labranza y útiles para la ganadería. Colmado de grandes honores por el emperador y con una suma de alrededor de cuarenta libras de plata, Benito, cuanto antes, volvió en paz a su monasterio. Pero desde el día en que hubo alcanzado el suelo de sus padres, dividiendo por porciones la plata que había recibido, la distribuyó como bendición a cada monasterio.

En efecto, él tenía este don que hoy en día es uno de los más singulares de todos, el de saber velar por todos, en piadosa atención y solicitud por todos los monasterios, próximos o alejados. Los visitaba a menudo, y los impregnaba del orden de una vida santa. De lo que recibía de la generosidad de los fieles, considerando el número de habitantes o la posibilidad, enviaba la mayor parte a quienes más lo necesitaban, y otra más pequeña a aquellos que menos lo necesitaban. Conocía los monasterios de todos los religiosos en particular y retenía sus nombres. En lo que a las capas se refiere, como no podía enviarle una a cada monje, sin embargo, enviaba piezas de género, que, divididas en partes, podían servir para confeccionar cruces.

Y de todos los monasterios, tanto de los de Provenza, como de los de la Gotia⁴⁴ o de la provincia Novempolitana⁴⁵, él era como el proveedor, reanimando y ayudando; era amado por todos como un padre, venerado como un señor, reverenciado como un maestro⁴⁶.

⁴⁴ Gotia, corresponde a la llamada Septimania, actualmente, el Languedoc.

⁴⁵ Corresponde a la actual Gascoña.

⁴⁶ Cf. *1 Ts* 2,7.

[29] Apartaba con gran cuidado la parte de los pobres y no permitía que la de las viudas fuera gastada para otros fines. Conocía el nombre de todas las santas religiosas y viudas que vivían en los alrededores. Estaba feliz de procurar el rescate de los cautivos, y creo que nunca rechazó hacer limosna: en cuanto podía, se daba todo a todos. Por eso cada uno le llevaba espontáneamente lo que tenía, seguro de la manera en que esto sería repartido en favor de los pobres, de los indigentes, de las viudas, de los cautivos y de los monjes: también recibió de algunos cerca de cuatro a cinco mil “sólidos” y vasos para distribuirlos entre los indigentes.

[30] Tenía también gran cuidado de saciar a los suyos no solamente del pan de predicación, sino que también de alimentar con el pan celeste a los que encontraba, y, para que no fueran a perder el fruto por el olvido, tenía la costumbre de otorgarlo con palabras que se adherieran muy firmemente a sus corazones: “Sé, decía, casto de cuerpo y humilde de corazón, porque la castidad orgullosa no es agradable a Dios, ni tampoco la humildad impura”. A algunos acostumbraba repetir esto: «Si muchos de los mandamientos te parecen imposibles, recuerda este pequeño precepto: “Evita el mal y haz el bien”»⁴⁷. Esta sentencia le era tan familiar que, al momento de su muerte, habiendo recogido las máximas de todos los Padres, quería hacer un libro.

Él les otorgaba el alimento de vida a los hermanos, a sus discípulos, a toda hora, es decir, durante las vigili­as, en el capítulo, en el refectorio.

20. Bondad de Benito

[31] Y mientras nosotros tratamos de mostrar su gran bondad, se nos presentó la multitud de sus virtudes y creímos que debíamos, en lo posible, hacerlas conocer a los que las ignoran y desean ser instruidos por ellas. Fue evidente para cualquiera que hubiera vivido cerca de él, que sobrepasaba a todo el mundo en caridad. En efecto, nunca quiso hacer lo que le servía a él, sino lo que era útil a los demás⁴⁸. Si esto le sucedía, lo arreglaba tan pronto como podía.

Por amor de la caridad, a fin de salvar a muchos, visitaba las celdas de los demás, explicando a cada uno las oscuridades de la *Regla*. Animado aún por la caridad, en Arlés, con varios obispos, abades y monjes, permaneció varios días revelando los secretos de los cánones, explican-

⁴⁷ *Sal* 36,27.

⁴⁸ Cf. *RB* 72,7.

do a quienes no comprendían las homilías del Papa san Gregorio. Pleno siempre de caridad, recibía y alimentaba en su monasterio a clérigos y monjes venidos de diversos lugares, a quienes designaba un maestro para el aprendizaje de las ciencias sagradas. Por la misma caridad, otorgaba regalos a quienes lo injuriaban. Por otro lado, inútil es esforzarse por revelar lo que todos han visto claramente, muchos lo saben por experiencia.

21. Virtudes de Benito

[32] Benito se había relajado un poco en cuanto al rigor de su primera conversión, porque veía que había asumido una tarea imposible; pero su voluntad continuó siendo siempre la misma. Así, con los que araban, araba él mismo, estaba con los que cavaban y cosechaba con los cosechadores. Y aunque aquella región era abrasada por el calor del sol, y el ardor del fuego, como saliendo de un horno, fuera tal que más que recalentar incendiaba, Benito no acordaba a los suyos, empapados de sudor bajo el incesante calor, más que un vaso de agua antes de la comida. Además, agotados de trabajar, quemados por el calor, los monjes añoraban un vaso de agua fresca más que de vino; sin embargo nadie murmuraba en contra del abad, ya que él soportaba las mismas privaciones. Y era para ellos un gran consuelo, porque el mismo Benito al sufrir la sed, estaba en condiciones de actuar más humanamente con respecto a los suyos.

Los que trabajaban no osaban distraerse en vanas palabras, ya que sus manos estaban ocupadas en el trabajo, sus lenguas en los salmos. A la ida, a la vuelta y en el mismo trabajo, sus bocas estaban ocupadas en las divinas recitaciones. A menudo vimos a Benito golpear las palmas de las manos de los que, al contrario de él, habían querido actuar más humanamente para la comida y la bebida. También lo vimos medir el vino que se le daba, y, según las palabras de los bodegueros, mientras los otros tomaban vino, Benito no bebía más que agua, salvo el sábado y el domingo.

A menudo, quitamos la grasa de sus alimentos y él vigilaba con gran diligencia que no hubiera ni siquiera un mínimo pedazo de queso molido. Desde el día de su profesión hasta su muerte, jamás quiso comer carne de cuadrúpedos; tomaba caldo de aves, en momentos de debilidad. E incluso durante muchos años, en los primeros tiempos, se abstuvo del consumo de grasa, aunque a los demás, cada vez que era oportuno, les permitía lo que se prohibía así mismo.

Tenía un tal sentido del orden, que si veía botar aunque fuera unos granos de legumbres, una cabecita de puerro u hojas de col, imponía inmediatamente un justo castigo al que sorprendía en esta falta. Si el que le daba agua para lavarse salpicaba, como sucede habitualmente, más

de lo debido, le decía que era casi un pecado, porque no andaba en el camino de la discreción.

[33] Benito tenía aún este don singular: si alguien, con el espíritu apesadumbrado se dirigía a él, inmediatamente, después de un saludable consejo recibido de su parte, la tumultuosa tropa de inquietudes desaparecía. A menudo, incluso si el que era víctima de malos pensamientos, como lo supe de un hermano sincero, decía en su interior: “Iré y los revelaré al padre Benito”, al instante el importuno tumulto lo abandonaba. Si alguien era culpable de faltas más graves, abriendo su corazón a Benito, recibía la ayuda de la consolación; y a quien la tristeza torturaba, no tenía más que venir donde él para volverse inmediatamente aliviado⁴⁹.

22. Expansión de la vida monacal

[34] El número de servidores de Dios creció de tal manera, que llegaron a ser más de trescientos, y como para ellos el monasterio era demasiado pequeño, Benito hizo elevar una nueva construcción con capacidad para mil hombres y más, ya que tenía cien codos de largo y veinte de ancho. Y como los viejos conventos no podían recibir a todos los monjes, hizo construir en lugares convenientes algunas celdas en donde puso a algunos religiosos bajo la dependencia de superiores.

23. Oración para detener el avance de la inundación

[35] Hubo en aquel tiempo una inundación causada por las lluvias; durante el sueño del padre y de los hermanos el agua entró súbitamente por dos puertas e inundó la casa de los que dormían. Llenos de pavor, los monjes se levantaron inmediatamente. El edificio de las letrinas había sido construido con gran trabajo sobre el torrente y éste, habiendo crecido, amenazaba con derribarlo, ya que embistiendo los fundamentos, con un ruido sordo, las aguas iban de un momento a otro a irrumpir en el interior para destruirlo. Todos corrieron en medio de la noche a la iglesia en donde el padre, habiendo llegado primero, tiró la cuerda de la campana, hizo cantar los Laudes, implorar los sufragios de los santos y solicitar al mismo tiempo con lágrimas, la clemencia de Dios.

Después de muchas plegarias, los monjes fueron a ver si la construcción ya había sido derribada. Y mientras que también iba el venerable

varón, en la oscuridad de la noche, sus piernas se enredaron en los espinos. Lleno de tristeza, se deshizo en lágrimas, y suplicó a Dios para que la inundación terminara. Cuando los hermanos llegaron al lugar, el agua había descendido como un pie. A partir de ese momento, confiados en la ayuda de Dios, volvieron a donde sus compañeros que se habían quedado en la iglesia y contando los favores de Dios, todos juntos dieron gracias.

24. Benito, Teodulfo y Alcuino

[36] Mientras tanto, al escuchar hablar de la fama de su santidad y de la santa opinión que se tenía de su rebaño, algunos obispos pidieron insistentemente a Benito que les diera algunos monjes para servir de modelos. Entre ellos Leidrado, obispo de Lyon, queriendo reconstruir el monasterio llamado Isla Bárbara⁵⁰, pidió con insistencia a Benito algunos monjes que le mostraran el comienzo de una vida buena y los obtuvo. En efecto, Benito escogió en su rebaño a una veintena de discípulos, les dio un rector, y los envió para habitar en el país de Borgoña, en donde con la ayuda de Cristo el Señor se reunió un gran número de monjes que ahora progresan y florecen en la santa religión.

También Teodulfo, obispo de Orléans, quiso construir el monasterio de San Máximo y pidió a Benito sujetos instruidos de la disciplina regular; Benito se los concedió muy pronto y le envió en dos oportunidades diez monjes con un maestro a su cabeza. Y éstos, luchando constantemente con un santo celo, atrajeron en torno a ellos a un gran número de religiosos. Ahora debo contar lo que ocurrió cuando el venerable Padre fue a visitarlos.

Esperando su venida, todos los monjes se agitaron mucho, por amor a él, a fin de poder preparar una gran cantidad de pescados y de víveres, no solamente para el Padre, sino también para todos los hermanos. Se juntaron los hermanos, pidiendo a los pescadores que revisaran los mercados, pero se produjo una dificultad tal, que no encontraron nada para comprar, ni pudieron tomar nada. Esta falta de víveres los afligió mucho. Mientras tanto llega el Maestro, se lo recibe con alegría, con alegría él les devuelve el saludo, pero bajo un rostro risueño los hermanos escondían su descontento. Y entonces sucede que un hermano ocupado en cierto trabajo a orillas del Loira, ve repentinamente a un gran pez, llamado “isicem” (lucio), nadando cerca de la orilla. Sin demora se lanza al agua para capturar el pez y llevarlo ante sus hermanos. Este suceso causó

⁵⁰ El monasterio de la Isla Bárbara está situado en una isla del río Saona, 2 km. al Norte de Lyon.

una gran alegría y una sorpresa más grande aún. Sin embargo, todos estaban persuadidos de que esto había sucedido gracias a Benito. Es así como lo supe de un hermano digno de fe, si no me equivoco.

Alcuino, también de la raza de los Anglos y de la orden de los levitas, ilustre por su sabiduría y con justicia venerable por su santidad, era abad del monasterio del bienaventurado Martín, confesor, anciano obispo de Tours, después de haber sido colmado de honores en la corte del glorioso emperador Carlomagno. Habiendo sabido y reconocido la santidad del hombre de Dios, entabló con él una inseparable amistad, tanto que las cartas que le dirigía directamente, si las reuniéramos, formarían un volumen. Envió presentes a Benito y le rogó insistentemente para que le diera monjes. Y desde que el Padre aceptó, le mandó caballos para traer a los monjes que luego establecería en el monasterio de Cormarine, que él mismo había construido. Creo que también fueron unos veinte con un superior y el buen ejemplo de su vida religiosa atrajo hacia ellos a una multitud de monjes.

25. Algunos milagros

[37] No creo que esté fuera de lugar relatar aquí los milagros ocurridos en este tiempo con la propicia ayuda de la Divinidad. Así, un hermano había sido enviado para llevar de un monasterio a otro una tabla sagrada que contenía reliquias de san Dionisio y de otros santos. A la ida, llevó consigo algunos perritos; al volver algunos días después sin tomar cuidado en lavar sus ropas, trató de llevar la tabla sagrada. Subió a un barco e hizo la travesía (en efecto, este monasterio estaba situado entre un lago y el mar). Pero desde que pisó tierra y, a fin de transportar la tabla montó al caballo en el que había anteriormente llevado los perritos, fue golpeado por la venganza divina. En el mismo instante, el caballo se volteó dándose vueltas en círculo hasta que el hermano se cayó a tierra. La tabla se escapó de sus manos, pero fue rescatada intacta. El caballo murió en el acto y el hermano que se hallaba en el suelo fue levantado no sin gran dolor, del que padeció durante mucho tiempo, pero al final se mejoró.

Los hermanos que habían enviado a buscar las reliquias, viendo lo que había pasado, enviaron de nuevo a otro hermano. Como éste era sacerdote, tomó consigo una cruz en donde había un trozo de la del Señor. Desde que entró en el lago, la embarcación fue víctima de una violenta tempestad, pero tan pronto como hubo mostrado a las furiosas olas la cruz que llevaba en el cuello, la tormenta se apaciguó. Y mientras que descansaba en el monasterio, vio en sueños a un hombre de una blancura resplandeciente, que le habló del modo siguiente: “Si no hubieras teni-

do contigo el leño (la cruz) de mi Señor, no hubieras salido de aquí”. Luego le aconsejó llevar las reliquias a pie, y como no obedeció, mientras las transportaba al monasterio, fue golpeado por una grave enfermedad.

Luego de esto, en la misma iglesia a donde habían sido llevadas las reliquias, colgaba una lámpara cuyos pequeños vasos contenían muy poco aceite, pero al otro día, se los encontró llenos y esto sucedió tres veces. Supe estas cosas por el relato de los mismos que habían sido golpeados por la enfermedad.

26. Las mujeres que se burlaron de los monjes

[38] En los lugares montañosos, en donde los hermanos acostumbraban permanecer para hacer pastar a sus rebaños, ellos se habían construido un pequeño oratorio para orar en él. Allí entraron unas mujeres, un día en que los hermanos se habían alejado, y se dijeron la una a la otra, burlándose de la habitación de los monjes: “Tú, reemplazarás al abad, ponte en su lugar”. Cada una tomó lugar y, fingiendo rezar en ese lugar de plegaria, se sentaron tranquilamente.

Pero les tocaría levantarse de modo penoso: La habitación de los monjes estaba entonces vacía, ya que no se quedaban allí más que en verano, pero no se hizo esperar un digno castigo. Aquellas mujeres fueron víctimas de dolorosas convulsiones, que no se les quitaron hasta que sus maridos fueron a buscar a los monjes, quienes iban bajando de los montes con sus rebaños. Les suplicaron que rogaran por aquellas temerarias. Los hermanos se pusieron a rezar y las mujeres recobraron la salud.

27. Nuevas curaciones realizadas por Benito

[39] Una vez también vino un energúmeno al monasterio, conducido por sus padres; se lo puso en la basílica de la bienaventurada siempre Virgen María Madre de Dios. Los hermanos rezaron toda una vigilia por él y éste partió en paz, totalmente curado.

Otra vez una mujer, poseída por un espíritu inmundo, llegó al monasterio. Los hermanos la llevaron al oratorio de San Juan Bautista que está en el cementerio, pasaron en vela y rezaron, y con la ayuda de Dios, ella se volvió curada.

Y en el oratorio dedicado a san Saturnino mártir, en el cual el varón venerable había comenzado a vivir, si algún afiebrado entra y duerme un poco, si su fe no vacila, volverá a casa curado. Tengo este testimonio de numerosas personas y particularmente de las que probaron el bene-

ficio de la curación.

En cuanto a los milagros cumplidos en nuestros días, baste haber dicho este poco. Volvamos ahora, con la ayuda de Dios, al plan que seguimos.

29. Benito a la cabeza de los monasterios de Aquitania. Se trata, en vano, de enemistarlo con Carlomagno

[40] El gloriosísimo Luis, por entonces rey de Aquitania, y ahora por el socorro de la gracia divina emperador augusto de toda la Iglesia en Europa⁵¹, estimaba mucho a Benito por su vida llena de santidad y escuchaba con agrado sus consejos. También lo puso a la cabeza de todos los monasterios de su reino, para que les mostrara a todos la norma de la salvación.

En efecto, había algunos monasterios que observaban las instituciones canónicas, pero ignoraban los preceptos de la *Regla*. Benito, obedeciendo las órdenes del rey, recorrió todos los monasterios, no sólo una o dos sino muchas veces, mostrándoles las enseñanzas de la *Regla*, explicándoselas, capítulo por capítulo, confirmando lo que ya sabían, dilucidando lo que ignoraban. Y lo hizo tan bien, que con la ayuda de Dios, casi todos los monasterios de Aquitania se sometieron a la forma regular.

[41] Pero el que siempre ve con malos ojos las buenas acciones, el adversario de la inocencia y enemigo de la paz, no vio sin descontento que seguramente llegaría gran desgracia a su partido si Benito permanecía más tiempo ligado a un rey tan pío y si su amistad se mantenía tan unida. Y como su orgullo le hizo perder la gloria de su naturaleza, busca siempre con todas sus fuerzas impedir al hombre conquistar los mismos bienes que él ha perdido. En efecto, sufre viendo al hombre rescatado por la misericordia divina.

Por otra parte, no es de asombrar que el antiguo enemigo sea torturado por la probidad de los hombres píos y atormentado por los progresos de los que ve invencibles, mientras que tantos imitan la obras de su maldad. En efecto, muchos –lo cual es muy doloroso–, son consumidos por la envidia ante los progresos de los demás, contra los cuales se arman de odio y cuyos ejemplos no quieren seguir.

Entonces, el demonio, irritado por los actos virtuosos ya citados y conocidos como agradables a Dios, formó su plan de guerra, se armó con el arma de la envidia y se lanzó para dar inicio al combate del mal. En

primer lugar puso en contra de Benito los espíritus de los clérigos, luego estimuló a los soldados de la corte real, trastornó la mente a varios condes, y todos, irritados por el fuego de la envidia, ya ni siquiera en secreto, sino que públicamente arrojaron el veneno pestilente de su corazón, proclamando ante todo el mundo que Benito no era más que un monje vagabundo, ávido de riquezas e invasor de las propiedades ajenas, y un interesado siempre en pedir para los suyos.

Su mala fe los llevó a un furor tal, que trataron de incitar a Carlomagno contra él. Pero el varón de Dios, con su conciencia tranquila, no se inmutó en absoluto ante las detracciones, ni se aterró ante las falsas acusaciones. Se dirigió pues a palacio por este asunto. En el camino, muchos trataron de que desistiera del viaje, asegurando que si aparecía en presencia del emperador, no vería nunca más su patria, ya que grande era contra él la cólera imperial. Sin embargo, él continuó intrépido su camino, lleno de confianza en la misericordia de Dios, en la que ponía toda su esperanza y por cuyo amor combatía sin cansancio. Por lo demás, si tenía que sufrir el exilio, pensaba que de este modo podría servir a Dios con más seguridad. Y si le quitaban la dirección de sus religiosos, él afirmaba no haber tenido hasta aquí otro deseo.

Pero desde antes que Benito hubiera llegado ante la persona del emperador, la divina bondad dio a este último una tranquilidad de espíritu tal, que, tan pronto como viera a Benito, lo abrazó y quiso ofrecerle la copa de su propia mano. Y aquel que los envidiosos creían que sería desterrado de su propio suelo, volvió a él con grandes honores. Así, por disposición de la divina misericordia, mientras se esforzaban por difamarlo, publicaban sus alabanzas; y al que por sus mentiras habían tratado de tornar odioso, lo hicieron venerable, no solamente ante los pequeños, sino también ante los principales del reino. >⁵²

30. San Guillermo de Aquitania

[42] Y el conde Guillermo, que en el palacio del emperador era el más ilustre de todos⁵³, tuvo por el bienaventurado Benito un sentimiento de estima tal, que despreciando las dignidades del mundo, lo eligió como su guía en la vía de la salvación, a través de la cual podría llegar a Cristo. Cuando al fin recibió la autorización para hacerse monje, con

⁵² [Fin de la primera interpolación]. N.d.R.

⁵³ Guillermo de Aquitania (755-812), hijo del conde Teodorico de Autun, primo hermano de Carlomagno, llegó a ser conde de Toulouse en 790, después de la destitución de Chorso. Participó en la campaña contra Barcelona, que estaba en manos de los árabes (801-803).

grandes presentes de oro, plata y ropas preciosas, se puso a seguir al venerable varón. No tardó nada en despojarse de su cabellera y en el aniversario del nacimiento (al cielo) de los apóstoles Pedro y Pablo, dejó sus ropas bordadas de oro, y tomó el hábito de los servidores de Cristo, muy feliz de ser admitido en el número de los que trabajan para el cielo⁵⁴.

Hay un valle, a la distancia de unas cuatro millas del monasterio del bienaventurado varón Benito, que se llama Gellone⁵⁵. Allí el dicho conde, aún revestido con las dignidades del mundo, había hecho construir un monasterio en donde él se entregaría enseguida al servicio de Cristo por el resto de su vida⁵⁶. Como era de noble origen, se aplicó a volverse aún más noble abrazando la pobreza de Cristo y por Cristo rechazó el honor que legítimamente había adquirido. Creo que es bueno también contar a quienes lo ignoran, los hechos piadosos de su vida religiosa.

En dicho monasterio el venerable Padre Benito ya había establecido a algunos de sus monjes y Guillermo, formándose por sus ejemplos, sobrepasó muy pronto por sus virtudes a los que habían sido sus modelos. Con la ayuda de sus hijos, que había puesto a la cabeza de sus bienes⁵⁷, y de los condes vecinos, pudo terminar muy pronto la construcción del monasterio que había comenzado.

Y este lugar estaba tan retirado, que el que allí habita ni siquiera tiene que esforzarse por desear la soledad. En efecto, está rodeado de montañas llenas de nubes, y nadie puede acceder allí, si no es guiado por el propio deseo de orar. Por otra parte, el lugar está tan dotado de belleza, que para servir a Dios no hay otro más idóneo, ya que hay viñas, que el varón ya mencionado hizo plantar allí, y el valle está lleno de jardines, adornados por diversas especies arbóreas.

Guillermo adquirió numerosas propiedades. A petición suya, el serenísimo rey Luis enriqueció el monasterio con un vasto territorio, concediéndole algunos campos cultivables de las tierras fiscales; le obsequió numerosos ornamentos sagrados, así como cálices de plata y oro y patenas. Él mismo había llevado muchos libros y revistió los altares de plata y oro.

Desde que entró en este monasterio, se consagró por completo a Cristo, sin guardar ningún vestigio de la pompa mundana. En efecto, era de una humildad tal que pocos o ningún monje podía humillarse tanto

⁵⁴ La toma de hábito de Guillermo, según la tradición, tuvo lugar el 29 de junio de 806.

⁵⁵ Gellone, actualmente *Saint-Guilhelm-le-Désert*, se sitúa a 6 km al Norte de Aniano.

⁵⁶ La abadía de Gellone, fundada antes de diciembre de 804, fue sometida a la autoridad espiritual de Benito de Aniano.

⁵⁷ Guillermo había tenido diez hijos en sus dos matrimonios sucesivos.

cuando lo encontraban, que no los venciese en humildad. A menudo lo vimos, montado sobre su asno, una bota de vino sobre la albarda, un vaso colgando detrás de la espalda, llevar a beber, en el tiempo de la cosecha, a los hermanos de nuestro monasterio, para saciarles su sed.

Para el oficio de la noche era tan regular que sobrepasaba a todo el mundo. En el amasado del pan, a menos que otra ocupación se lo impidiera o la enfermedad lo retardara, trabajaba con sus propias manos. Cocinaba cuando era su turno. En cuanto a su vestimenta, había adoptado una forma de extrema humildad. Siguió amando el ayuno, estando siempre en oración, continuamente lleno de compunción, por lo que apenas podía recibir el cuerpo de Cristo sin que las lágrimas se le cayeran hasta la tierra. Así mismo, buscaba ávidamente la dureza del camastro, pero a causa de su mala salud, el Padre Benito lo hacía dormir, a pesar de su resistencia, sobre un colchón. Muchos cuentan que por amor a Cristo, se golpeaba a menudo con varillas, teniendo cuidado de no tener por testigo más que al hermano a quien encargaba este oficio. En medio de las frías noches, arrodillado, semidesnudo y sólo ante los ojos de Dios, permanecía a menudo en oraciones en el oratorio que había construido en honor de San Miguel.

Rico, en pocos años, de los frutos de estas virtudes y también de otras, cuando se dio cuenta de que el día de su muerte había llegado, quiso que a casi todos los monasterios situados en el reino de Carlomagno, se avisara que ya había dejado esta vida. Así, lleno de abundantes virtudes, al llamado de Cristo partió de este mundo⁵⁸. Para aquellos que tengan curiosidad por saber de su vida, baste haber dicho estas cosas. Volvamos ahora a la obra comenzada.

31. Benito y Luis, aún rey de Aquitania, diversas donaciones

[43] Pero el muy pío rey Luis, mientras más los insensatos ridiculizaban a Benito, el venerable abad, más grande era la estima que le profesaba, porque sabía que los que aman el mundo tienen por costumbre oponerse a los progresos de los justos. La reina también le tenía un piadoso afecto y, porque lo consideraba como un justo, lo escuchaba con gusto y lo honraba a menudo con sus favores.

Y como el número de sus discípulos se había aumentado mucho, y como el lugar en donde vivían era infecundo, casi estéril y quemado por

⁵⁸ Guillermo habría fallecido el 28 de mayo de 812 o 813, en su abadía de Gellone, que tomó su nombre en el siglo XII.

el excesivo ardor del sol, el rey le dio un monasterio situado en el país de los Arvernes, que San Menelao, salido de estirpe real, había fundado y donde reposa su cuerpo⁵⁹. Benito envió a doce monjes a aquel lugar y les dio por abad, digno de máxima reverencia, a Andoario, quien se le había unido desde el inicio de su vida religiosa. Era un hombre experimentado y curtido en los trabajos. Y gracias a la conducta de estos monjes y a su santo celo, setenta religiosos y aún más, se unieron a ellos para observar la vida monacal.

En este monasterio, en una ocasión en la que el egregio abad había ido para visitar a los hermanos, y el abad del monasterio y sus hermanos lo esperaban en otro lugar, sucedió que Benito llegó a una dependencia de este mismo monasterio, donde hay una iglesia dedicada a nuestro Dios y Salvador. Allí los hermanos habían vivido al principio, pero como el lugar era demasiado estrecho, el serenísimo rey los había trasladado al monasterio ya nombrado. Los hermanos que allí habían permanecido para cuidarlo, estuvieron muy contentos de ver al abad y a los suyos, pero como estaban en una gran pobreza, se entristecieron.

Sin embargo, como allí donde está la caridad, incluso lo poco basta, el que estaba a la cabeza de los hermanos ordenó a uno de los jóvenes que llevara vino. Pero aquel a quien se había mandado respondió enseguida: “No hay más vino en las botellas”. Al irse, los hermanos les habían dejado dos pequeñas botellas, con un poco de vino que había sido utilizado para celebrar misa o para dar a cada uno su porción en los domingos. Al saber que no había más vino, el superior de este convento se afligió, y sin embargo dijo con confianza: “Ve y tráenos un poco, ya que es necesario que por el amor de nuestro Padre, los que se apresuran a su encuentro puedan desalterarse, sin que el vino venga a faltarles”.

El hermano fue y, habiendo tirado del tapón, salió vino. Ya antes, el hermano había ido, pero había vuelto sin vino. Anunció lo que había sucedido; todos los que allí estaban glorificaron a Dios y reconocieron que esto había sucedido gracias a los méritos del señor Benito. Bebieron pues a voluntad y llevaron un poco con ellos como bendición. Y también Benito, habiendo llegado con los suyos, tomó tanto como era necesario y también guardó para el viaje. Después de esto la botella dejó de verter vino. Sé de este hecho por los mismos hermanos que lo han visto y aún viven como testigos de estas cosas.

32. Revelación que tuvo Benito

[44] En otra oportunidad, Benito volvió a este mismo monasterio. Después de una larga exhortación y piadosas entrevistas, antes de partir, ofreció a los hermanos el saludo de la paz. Un monje, en medio de los demás, avanzó para recibirlo, pero viéndolo, el hombre de Dios se detuvo repentinamente y durante un momento le negó el saludo de la paz. Luego, después de una justificada reprimenda, en medio de nuestro desconcierto, lo abrazó. Después de éste vino todavía otro, con quien hizo lo mismo. Finalmente, despidiéndose de los hermanos, se fue. Poco tiempo después de su partida, al otro día, se supo que estos dos hermanos habían planeado fugarse. Comprendimos enseguida que era por eso que, gracias a una revelación del Espíritu santo, el venerable abad se había demorado en abrazarlos, y, aunque no revelara públicamente su perversa voluntad, había amonestado saludablemente sus conciencias atormentadas.

33. Nuevos monasterios confiados a la tutela de Benito

[45] El gloriosísimo rey aún le dio otro monasterio a donde, creo, envió veinte monjes, y les constituyó un abad. Este monasterio está situado en el territorio de Poitou y dedicado a San Savino⁶⁰. Los hermanos que allí envió atrajeron, por su perseverancia en sus santos empeños, a un gran número de monjes.

El rey le dio todavía otro monasterio que se halla en el territorio de Berry⁶¹, en donde estableció una cuarentena de monjes, a quienes dio un abad; y como todo estaba por hacer en este lugar, prestó su ayuda y lo dotó de libros y de ornamentos sagrados. Y estos monjes, floreciendo en el hábito de la santa consagración, revelando a todos la regla de una vida santa, conservando “sus espíritus también unidos por el vínculo de la paz”⁶², hicieron entrar al redil de Cristo a un gran número de monjes.

34. Monasterio de San Benito de Belle-Celle

[46] Un personaje llamado Ulfario, de la familia de Guillermo, hombre ilustre y noble, donó a Benito un lugar situado en los confines de

⁶⁰ Saint-Savin-sur-Gartempe, cerca de Vienne.

⁶¹ Massay, cerca de Bourges.

⁶² *Ef* 4,3.

Albi, para construir un monasterio, hacia donde este último envió a cerca de doce monjes con un abad a su cabeza. También a éstos, como se esforzaban por completar la construcción del monasterio, les otorgó muchos libros, ornamentos sagrados, un cáliz de plata y patenas, una cruz y todo lo que creyó les sería necesario. Estos monjes, que trabajaban tanto en la edificación de las almas y en la observancia de la *Regla* como en la edificación de construcciones materiales, lograron para el Señor una gran congregación de hermanos religiosos.

35. Luis el Piadoso, emperador. Benito en los monasterios de San Mauro, Alsacia e Inda. Es puesto a la cabeza de estos monasterios

[47] Después de la muerte del serenísimo emperador Carlomagno⁶³, cuando su hijo Luis, rey de Aquitania, se hubo encargado del imperio, el nuevo emperador ordenó a Benito dirigirse a Francia y le designó el monasterio de San Mauro, en Alsacia⁶⁴, en donde lo estableció con muchos de sus discípulos de Aniano que lo habían seguido.

Y como este lugar se hallaba aún muy alejado del palacio, y Benito no podía acudir oportunamente cuando era requerido por el emperador, que lo necesitaba por muchas causas, le pareció conveniente al emperador otorgarle no lejos del palacio, un lugar conveniente en donde con sólo algunos religiosos, podría vivir tranquilo. De este modo, luego de haber dado un abad a los hermanos que permanecían en San Mauro, Benito se dirigió con algunos religiosos a Aquisgrán para obedecer a la voluntad imperial.

[48] Había allí cerca un valle, si no me equivoco, a no más de seis millas del palacio, que gustó a los ojos del varón de Dios y en aquel lugar el emperador, con un cuidado maravilloso, hizo construir un monasterio que se llamaría Inda, nombre tomado de un pequeño arroyo de este valle⁶⁵.

⁶³ 28 de enero del 814.

⁶⁴ Marmoutier o Maursmünster, en Alsacia.

⁶⁵ El monasterio de Inda (*Inden*) —llamado a partir de 875 Kornelimünster, gracias al regalo de reliquias del Papa san Cornelio y del obispo san Cipriano por parte del emperador—, existe actualmente, ya no como monasterio sino como archivo estatal. Luis el Piadoso no sólo solía visitarlo en sus días de retiro espiritual, sino que deseó ser enterrado allí, junto a su esposa Irmgarda. Contraviniendo su deseo, al morir en 840, sus restos fueron llevados a la cripta de los carolingios en San Arnulfo de Metz.

El emperador asistió a la consagración de la iglesia⁶⁶; la dotó abundantemente de tierras imperiales, le otorgó inmunidad y ordenó por escrito que treinta hermanos permanecieran allí para servir a Cristo Señor. Para reunir este número de hermanos, ordenó al venerable abad elegir en los diversos monasterios que conocía, a religiosos a quienes instruiría con su ejemplo y que serían para los otros un testimonio de salvación, hasta que, bajo la inspiración de la divina gracia, muchos de esta misma provincia, después de renunciar a la pompa secular, hubieran venido a relevarlos en la milicia del Rey eterno⁶⁷.

[49] Después de esto, el hombre de Dios franqueó las puertas del palacio y soportó de nuevo, en vista de la utilidad general, el tumulto cortesano, que mucho tiempo antes había abandonado. En efecto, todos los que, habiendo tenido que sufrir por parte de alguien, pedían la justicia imperial, se volvían hacia Benito, quien los recibía con los brazos abiertos, los saludaba alegremente y presentaba al emperador, en tiempo oportuno, sus quejas escritas en cédulas.

El emperador había tomado la costumbre de buscar cada vez estas peticiones palpando las mangas y los pliegues del hábito de Benito (en efecto, es allí donde las ponía, por miedo a olvidarlas); en seguida las leía y decidía lo que le parecía más útil. Con benevolencia el emperador tomaba entonces conocimiento de las diversas quejas y por esta razón es que deseaba que Benito volviera a menudo al palacio.

Había muchos que daban al emperador su opinión acerca de la administración del reino, la situación de las provincias y sus propias necesidades; pero nadie se compadecía tanto de los sufrimientos de los necesitados y nadie mostraba al rey tanto como él la pobreza de los monjes. En efecto, era el abogado de los infelices, pero, al mismo tiempo, el padre de los monjes; el consolador de los pobres, pero ante todo, el maestro de los monjes; a los ricos les daba el pan de vida, pero a las mentes de los monjes inculcaba la disciplina de la *Regla*. Así como estaba atento a las necesidades de todos, intervenía con más celo aún en las necesidades de los monjes.

⁶⁶ Esta dedicación de la iglesia tuvo lugar en el año 817 y el monasterio recibió el título de *Monasterium Sancti Salvatoris ad Indem*. El mismo año, Benito de Aniano fue nombrado “abad imperial” para todos los monasterios del reino.

⁶⁷ Eco del *Prólogo* de la *Regla de San Benito*.

36. La reforma de Benito: unidad y uniformidad de la *Regla*

[50] El emperador lo puso además a la cabeza de todos los monasterios de su reino, porque después de haber mostrado la norma de salvación a Aquitania y a la Gotia, otorgó también el mismo ejemplo salutarífico a Francia. Había muchos monasterios que en los inicios habían sido instituidos regularmente, pero al entibiarse poco a poco el rigor primero, el orden regular había casi desaparecido. Como todos tenían la misma profesión, era necesario que no hubiera más que una sola costumbre saludable para todos los monasterios; y es por esto que por orden del emperador, los abades se reunieron, así como numerosos monjes, y Benito sesionó con ellos durante varios días⁶⁸.

En presencia de todos, explicó la *Regla* a fondo y esclareció para todo el mundo lo que ésta tenía de oscuro, resolvió los pasajes difíciles, rechazó los antiguos errores, confirmó las costumbres y las adiciones útiles. Presentó, para la aprobación de todos, sus juicios acerca de la *Regla*, sus comentarios acerca de los pasajes dudosos, así como su parecer acerca de las costumbres de las que la *Regla* no se ocupa. De todo esto, formó un *Capitulare institutum*⁶⁹ que presentó para que fuera aprobado por el emperador, a fin de que ordenara su observancia en todos los monasterios de su reino. Remitimos a este capitular al lector ansioso por saber más al respecto.

El emperador acordó en el acto su aprobación y designó para cada monasterio inspectores que deberían cerciorarse de la observancia de las órdenes dadas e incluso, en caso necesario, comunicar a los que las ignoraban un método saludable. De este modo, la obra fue cumplida y propagada, con el auxilio de la divina misericordia. Una sola *Regla* fue observada por todos, y todos los monasterios fueron llevados a la unidad, como si estuvieran en un solo lugar y bajo la dirección de un solo maestro. La uniformidad debió ser mantenida en la bebida, en la comida, en las vigili-
as, en la forma de salmodiar y en todos los detalles. Pero así como había impuesto la observancia de la *Regla* en los otros monasterios, Benito formó con todo el cuidado posible a los suyos en Inda, a fin de que los monjes de diversas regiones que llegaban allí, no tuvieran, por así decir, ninguna necesidad de grandes frases para ser instruidos, porque en la manera de ser y de actuar de estos religiosos, verían un modelo y como un retrato viviente de la disciplina regular.

⁶⁸ Se trata del sínodo de Aquisgrán del año 817, primer “Congreso de abades” y primer “Capítulo general” de la historia benedictina.

⁶⁹ Se trata del *Capitulare monasticum*, un resumen de la doctrina monástica de Benito de Aniano, publicado en el *Corpus consuetudinum monasticum* 1, Siegburg, 1963.

37. *Collectio capitularis*

[51] Teniendo en cuenta el indiscreto fervor de muchos, la tibia cobardía de algunos otros y la mente embotada de los menos capaces, tomó un término medio que dio a observar a todos, cuidando que los primeros no buscasen lo superfluo, encargando a los segundos que sacudieran su inacción, aconsejando en fin a los últimos que cumpliesen al menos lo que vieren.

La *Regla*, es verdad, ordena muchas cosas, pero hay, sin embargo, detalles relativos a la práctica cotidiana de los que ésta guarda silencio. El cumplimiento de estas ordenanzas embellece el hábito de los monjes como piedras preciosas, mientras que su no acatamiento basta para determinar quién es disoluto o tiene una conducta desordenada. Tiene además algunas prescripciones que pueden ser omitidas, ya sea para conservar la unidad, o por razones de conveniencia, o en consideración de la fragilidad humana. Es por lo que el venerable abad, de pía memoria, ordenó cumplir, sin demora y bajo ninguna excusa, lo que consideró digno de ser observado; sin embargo, cuando había motivos serios, hizo omitir o cambiar a sus discípulos lo que consideró prescindible, teniendo en cuenta siempre las posibilidades de cada uno y la diversidad de los lugares. Si había en la *Regla* algunos pasajes menos claros, los explicaba; así como también suplió algunas lagunas, de lo que voy, con la ayuda de Dios, a dar algunos ejemplos.

38. *Trina Oratio*

[52] En cuanto daban la señal para los oficios nocturnos, ordenaba tocar una campanilla en el dormitorio de los hermanos, para que en primer lugar la comunidad de los monjes, fortalecida con oraciones, tomara posición de sus respectivos lugares. Sólo entonces se debían abrir las puertas de la iglesia para que pudiesen entrar los huéspedes. Levantándose con prisa, tal como lo manda la *Regla*⁷⁰, los hermanos se mojarían con agua bendita, y recorrerían con humildad y reverencia todos los altares. Finalmente se irían a sus lugares y estarían preparados para cuando sonare la tercera señal. Entonces se levantarían sin demora y escucharían con oídos atentos al sacerdote designado para comenzar el oficio. Ninguno de los que entraban a la iglesia debía quedarse en los rincones, sino que todos debían tomar asiento en el coro y salmodiar según lo que estaba prescrito.

⁷⁰ RB 43 y 47.

Benito ordenó cantar cinco salmos para todos los fieles vivos del universo entero y cinco para todos los fieles difuntos; y para los fallecidos recientemente y cuyo anuncio de defunción no hubiera podido llegar a conocimiento de los monjes, prescribió que se cantaran igualmente cinco salmos. Después de cada serie de cinco salmos, instituyó que cada uno se recogiera un instante, inclinándose para encomendar a Dios a aquellos por quienes acababa de cantar, y que sólo después comenzara a rezar por los otros⁷¹.

Y no había que ser perezoso en ciertos pasajes de los salmos relativos al Rey eterno, para suplicarle con el cuerpo profundamente inclinado, ya que a cada palabra de los poderosos, no se teme inclinar la cabeza, tanto más que estos actos atraen la gracia divina y suscitan el fervor de la compunción.

Durante el verano, una vez terminado el oficio matutino, ordenó que a causa de la somnolencia se saliera inmediatamente de la iglesia, y que después de calzarse y lavarse la cara, se volviera de nuevo a la iglesia. Se debía, siguiendo el orden ya explicado, visitar los altares con reverencia, tomar agua bendita, y por último acudir a los lugares designados para recitar convenientemente el oficio del día, con el salmo 118, como lo ordena el rito romano. Y era necesario que todos estuvieran preparados para ubicarse en el coro apenas se tocara la señal de la hora Prima. Ordenó que se tocara la campana larga y pausadamente, para que todos pudieran acudir mientras seguía este toque, pero al cesar el sonido de la campana el sacerdote debía comenzar la hora. Una vez terminada Prima, todos se debían reunir para tener capítulo. Cumplido éste, debían salir en silencio, o cantando salmos retornar cada uno al trabajo designado⁷².

Los que se quedaban en el monasterio no debían entretenerse en propósitos inútiles, sino que de dos en dos, e incluso solos, en la cocina, en la panadería o en la administración, debían cantar salmos. Estableció también que después de Completas no saliera cada cual del oratorio o se quedara en él según su propia decisión, sino que era necesario cantar diez salmos en invierno y cinco en verano, y apenas fuera dada la señal, había que visitar todos los altares según el orden establecido, y después dirigirse cada uno a su cama para descansar.

Prescribió que se visitaran tres veces al día los altares diciendo ante el primero la Oración dominical y el Símbolo y ante el resto la

⁷¹ Tal práctica, que no se conocía antes de San Benito de Aniano, se llamó *Trina oratio*, y es mencionada en los *Costumbrarios* de muchos monasterios medievales, por ejemplo Cluny. En la vida latina se observa: *Estos son los salmos graduales que en el tiempo de Cuaresma rezamos aún hoy todos los días miércoles antes del oficio matutino.*

⁷² También el abad Adalardo prescribía cantar salmos durante el trabajo; igualmente las *Costumbres cluniacenses* I,30.

Oración dominical o el *Confiteor*. Para la recitación de las horas divinas, cada uno debía venir a rezar a su lugar. Pero si alguien deseaba rezar en particular cuando tuviera tiempo, podía hacerlo libremente⁷³. Estableció que se harían tres veces estas oraciones, de modo que los que estuvieran embotados por la pereza y hastiados de la oración, hicieran al menos por fuerza lo que no harían por sí mismos, y no se atrevieran a dejar pasar las horas establecidas. Del mismo modo, era frenado el celo indiscreto de los que ardían de un fervor excesivo. Suele suceder a estos últimos que, por haber querido pasar toda una noche en oración, están cansados cuando es necesario cumplir con la divina salmodia y su espíritu, atormentado por el sueño, ya no puede seguir convenientemente el oficio establecido.

Igualmente en el vestir, la costumbre había introducido múltiples diferencias. Es así como varios tenían cogullas que colgaban hasta los talones. Es la razón por la cual el varón de Dios hizo guardar a todos una medida uniforme, es decir, que el largo no excediera los dos codos, o que llegara sólo hasta las rodillas. Acordó también por una razón de necesidad una muda completa, además de aquella que ordena la *Regla*; es decir, dos vestidos hilados, dos calzoncillos de piel, dos capas; y toleró igualmente todo lo que le pareció necesario para prevenir cualquier dificultad.

[53] Dio por escrito al emperador la explicación de las cosas que la *Regla* ordena, pero que por ciertos motivos no se aplicaban, y lo que se agregaba útilmente para suplir lo que ella no mencionaba. En efecto, todo su deseo se centraba en la observancia de la *Regla* y su mayor empeño era adquirir de ésta una inteligencia completa.

Es por esto que, a quienes averiguaba que eran competentes, los interrogaba acerca de los más alejados; y también a los que desde estas regiones habían ido a Montecasino, porque habían aprendido lo que sabían no por haberlo oído, sino que como testigos oculares. A causa de este amor por la comprensión de la *Regla*, cuando alguien le sugería alguna consideración nueva, él la escuchaba inmediatamente con humildad y máximo respeto, admitiendo que aún no había podido conocer todos los sentidos ocultos de la *Regla*, y él —que la había dilucidado, no digo ante todos los ignorantes, sino ante los mismos sabios—, confesaba haber aprendido cosas nuevas e inauditas no sólo de boca de la gente instruida, sino incluso de la más simple.

Compuso una obra en donde reunía las reglas de los diversos Padres, teniendo cuidado de poner en primer lugar la *Regla de San Benito*, y ordenó que se hiciera la lectura de esta obra en la reunión de la maña-

⁷³ Eco de *RB* 52,4.

na. Y para demostrar a los ojos de los detractores que no había nada de inútil ni de frívolo en la *Regla de san Benito*, sino que se hallaba llena de préstamos tomados de otras reglas, compuso otro libro al cual dio el nombre de *Concordia regularum*, en donde reunió las ordenanzas de las diversas reglas de manera tal que los pasajes sacados de la *Regla de San Benito* precedieran a los pasajes correspondientes sacados de las otras reglas.

Escribió además otro libro en donde recogió las homilias de los santos Doctores relativas a la exhortación de los monjes y ordenó que siempre se hiciera lectura de él en las reuniones de la tarde.

39. Decreto del emperador a favor de los monasterios

[54] Considerando además que algunos hacían grandes esfuerzos para adquirir los cenobios de los monjes, obteniéndolos no solamente por peticiones, sino que también por numerosos presentes, y que gastaban en provecho propio las entradas de los monjes, lo cual había llevado a la quiebra de varios monasterios, mientras que otros pasaban al poder de clérigos seculares excluyendo a los monjes, Benito fue a visitar al piadoso emperador, y lo conmovió con sus plegarias para que quitara a los clérigos tales pretensiones y pusiera a los monjes a salvo de este peligro. El muy glorioso emperador dio su aprobación; decretó que todos los monasterios de su reino, especificados de antemano, tendrían abades regulares, y para que este orden jamás fuera transgredido, hizo confirmar un escrito que firmó de su puño y letra y selló con su anillo, poniendo fin de este modo a la codicia de muchos, así como al temor de los monjes⁷⁴.

También había monasterios que estaban obligados a suministrar subsidios y soldados, a consecuencia de lo cual se habían vuelto tan pobres, que los monjes llegaron a carecer de alimentación y vestido. Habiéndose enterado de esto por medio del varón de Dios, el piadoso rey ordenó que los monasterios suministraran subsidios sólo en la medida de sus posibilidades, a fin de que nada faltara a los servidores de Dios, y que alegres por esto invocaran la bondad de Dios en favor del emperador, de su familia y de la prosperidad de su reino. En cuanto a los monasterios que fueron dejados bajo la potestad de los canónigos, aseguró a cada uno con qué vivir regularmente y concedió el resto al abad.

⁷⁴ Esta apetencia de los laicos o del clero secular por los monasterios, considerados tan sólo como bienes económicos, dio pie al abuso de la llamada “encomienda” y de los abades comendatarios, abuso que duró hasta los tiempos de la Revolución francesa.

40. Fortaleza de Benito

[55] No creo deber pasar por alto lo que, con la permisión de Dios, sucedió un día que Benito, por orden del emperador, se dirigió a un capítulo general. Iba, pues, cansado de su enfermedad y de los calores excesivos, obedeciendo a los mandatos del rey, pero fortalecido por las armas de la caridad, a fin de ser útil a muchos. Pero el enemigo, que por envidia pone siempre obstáculos a las buenas acciones para causar daño a la salvación de los creyentes, se esforzó en retardar el comienzo del viaje por el siguiente artificio: perturbando a sus guardias, hizo que los caballos que debían conducir a Benito se perdieran en el bosque.

Pero el hombre de Dios, para nada perturbado por la pérdida de los caballos, se apresuró en llegar al palacio. Después de haber terminado los asuntos relativos a los monasterios y a los monjes, cuyas necesidades eran para él objeto de una solicitud grande, continua y piadosa, el rey suplió el número de los caballos perdidos. Pero he aquí que después de un mes estos caballos perdidos fueron traídos, y Dios sin duda lo quiso así, a fin de que la pérdida soportada sin queja se convirtiera para Benito en doble ganancia.

41. Enfermedad de Benito. Su muerte

[56] Después de todo esto, el Padre fue atacado por diversas y numerosas enfermedades y se puso a preparar para nuevos combates a su ya débil cuerpo, con largos años a cuesta por innumerables vigili-
as, continuas lágrimas, muy duros ayunos, así como por sus trabajos y sus meditaciones, a fin de que, después de haber vencido los vicios y conquistado la ciudadela de las virtudes, combatiendo noblemente contra las debilidades con las armas de la paciencia, pudiera recibir de su Dios, por la derrota de todos sus enemigos, la doble palma de la victoria. Y cuando más fuertemente lo golpeaba la enfermedad, más intensamente persistía en oraciones o en lecturas.

Nadie lo encontró ocioso, nadie lo vio perezoso en la obra de Dios, tampoco nadie lo encontró ocupado en conversaciones vanas y frívolas. O bien se esforzaba en leer, o bien escuchaba atentamente a un lector. ¿Quién encontrándolo solo, no lo vio bañado en lágrimas? ¿Quién, entrando de improviso a su celda, lo encontró con sus mejillas secas? ¿Y quién además no lo vio, ya sea prosternado en el suelo o de pie, con las manos alzadas hacia el cielo, recibiendo sus lágrimas en las manos, para no mojar demasiado las páginas de los libros santos? Las fuerzas de su carne se debilitaban, pero siempre permanecía firme la voluntad de su

espíritu, más duro que un diamante. Apenas podía soportar hasta el final los rigores que se infligía. No comía carne de cuadrúpedos desde el día de su conversión⁷⁵ y hasta el final de su vida no permitió casi nunca a su cuerpo minado por la enfermedad el uso de los baños⁷⁶. Tenía costumbre de no cambiarse de ropa sino después de cuarenta días e incluso más.

Hacía leer delante de él la vida de los santos padres y su muerte⁷⁷, y reconfortado por esta lectura, soportaba sus sufrimientos con más coraje. ¡Oh buen Jesús, qué suspiros y qué lágrimas le arrancaban el deseo de ser separado de su cuerpo mortal y de estar con Cristo! Y sin embargo, si aún debía ser necesario a sus hermanos, no se negaba al trabajo⁷⁸.

[57] Agravándose su estado, luego de una entrevista familiar con el emperador, fue llevado a su monasterio, donde después de haberse despedido de los hermanos, pasó la noche en oraciones y salmodias y pudo recitar el oficio regular de ese mismo día. Pero al cumplir el oficio regular del día siguiente, queriendo concluirlo, llegó al versículo que dice *Justus es Domine*⁷⁹, lo salmodió y dijo: “Me muero”. Luego agregó: *Fac cum servo tuo, Domine, secundum misericordiam tuam*⁸⁰, y así, en medio de las palabras de la plegaria, exhaló su espíritu, ornado de virtudes⁸¹.

Tenemos cartas de él que nos son más dulces que todas las riquezas; antes de su partida de este mundo, las dictó con sus propios labios para los hermanos de Aniano y en ellas les asegura que no verán más su rostro⁸².

Muchos dicen también que a la hora en que pasó a Cristo, su muerte fue revelada al obispo Stabilis de Maguelone, que levantándose después de su sueño, informó inmediatamente a los suyos de lo que había pasado. Hemos contado brevemente su muerte porque los hermanos que fueron testigos de aquella la describieron más detalladamente como lo demuestra la siguiente carta.

⁷⁵ Eco de *RB* 39,11.

⁷⁶ Eco de *RB* 36,8.

⁷⁷ Se trata de la obra *Vitae Patrum*, que narra las hazañas de los antiguos Padres del desierto.

⁷⁸ Eco de *Flp* 1,23-24 y de la *Vida de San Martín de Tours* de Sulpicio Severo.

⁷⁹ *Sal* 118,137.

⁸⁰ *Sal* 118,124.

⁸¹ Eco de la muerte de San Benito de Nursia, Cf. *Diálogos* II, 37,2: “Se mantuvo de pie, alzadas las manos al cielo y entregó su espíritu en medio de las palabras de la oración”.

⁸² *Hcb* 20,25.

42. Carta de los monjes del monasterio de Inda a Ardon acerca de la muerte de Benito

[58] El Abad Benito, oriundo de la provincia de Gotia, sirvió bajo Pipino, rey de los Francos —y después de su muerte, bajo Carlomagno, su hijo—, desde su infancia hasta su adolescencia. Luego, abandonando el palacio, en el monasterio de Saint Seine, en la provincia de los Burgundos, tomó el hábito de un verdadero monje, y allí durante dos años y medio, sirvió a Dios sin descanso.

Pero como no encontrara lo suficientemente regular la vida de este monasterio, lo dejó por la Gotia, en donde junto al río Aniano, se construyó primero, con sus propias manos, una celda; pero luego, con los hermanos que por el amor de Cristo vinieron a someterse a su régimen, construyó un nuevo monasterio, en el cual, en poco tiempo, hubo trescientos monjes bajo su dirección.

A la muerte del emperador Carlomagno, su hijo Luis, que tomó el gobierno, hizo venir a Francia al venerable varón Benito con algunos de sus discípulos y les dio en un principio el monasterio de San Mauro, en la región de Alsacia. Pero en seguida, por amor a Benito, le hizo construir un nuevo monasterio junto al palacio de Aquisgrán, sobre un río llamado Inda.

Ese es Benito, por medio de quien Cristo el Señor restauró la *Regla de san Benito* en todo el reino de los Francos. Tuvo bajo su dirección a doce monasterios, como ser: Aniane, Gellone, Caseneuve, Ile-Barbe, Ménat, Saint-Savin, Saint-Maximin, Massay, Cormery, Celle-Neuve, en la región tolosana, el de San Mauro en Alsacia y finalmente Inda, construido para él y para sus discípulos por el emperador y dotado de los erarios reales. A todos estos monasterios, envió monjes y abades. Se preocupó mucho de todo el orden eclesiástico, es decir, de los monjes, de los canónigos y de los laicos, pero principalmente de los monjes.

El emperador escuchó siempre sus consejos y los puso en práctica. Por ello también muchos lo llamaban *el Monje*, porque su amor por Benito lo hacía siempre considerar como hijos suyos a los discípulos del hombre de Dios, y a la muerte de éste, se consideró abiertamente como el abad de su monasterio. El santo, hasta su muerte, por el bien de los fieles y no por los bienes terrestres, se dirigía asiduamente al palacio real, poco alejado del monasterio donde vivía.

El cuarto día antes de su muerte, aún sano, se había entrevistado con el emperador como de costumbre y aquel mismo día fue atacado por la fiebre y se dirigió a su alojamiento. Al día siguiente, con la noticia de su enfermedad, todos los grandes de la corte vinieron a visitarlo. Hubo tal afluencia de obispos, de abades y de monjes, que nosotros, que estábamos allí para cuidarlo, apenas podíamos acercarnos a él.

El abad Helisacar fue el primero en ir a verlo y se quedó a su lado hasta el final. Se enfermó el día jueves; el viernes, durante la noche, el emperador envió a Tanculfo, el camarero, para decirnos que aquella misma noche había que transportarlo a su monasterio. Nos levantamos antes que cantara el gallo y con Elisacar, los suyos y los nuestros, lo transportamos al monasterio en la primera hora del día.

A la tercera hora del día, hizo salir a todo el mundo y se quedó solo hasta la sexta. Entonces entraron el abad ya nombrado y nuestro Prior, quienes le preguntaron cómo se encontraba. Él les respondió que nunca había estado tan bien y agregó: “Hasta el momento estaba en el coro de los santos en presencia de Dios.”

Al día siguiente, haciendo venir a los hermanos, les hizo sus recomendaciones de despedida y reconoció entonces que hacía cuarenta y ocho años que era monje, años durante los cuales no se le había pasado ningún día en el que antes de comer su pan no hubiera derramado ante Dios abundantes lágrimas. Ese mismo día, hizo enviar al emperador una breve carta de admonición y otras a diversos monasterios. Y este venerable hombre, como después de su muerte lo hemos encontrado en sus escritos y como él mismo lo había dicho a algunos durante su vida, no había cesado de cantar personalmente su oficio entero desde cinco años y dos meses antes de su muerte.

Murió septuagenario, al tercer día de los idus de febrero, el año 821 de la encarnación del Señor, indicción catorce, número uno, epacta catorce, el noveno año del reinado del muy pío emperador Luis⁸³. Después del tercer día, abrimos su tumba y lo pusimos en un sarcófago de piedra que el emperador había hecho preparar. Al descubrir su rostro, vimos sobre su frente, alrededor de los labios y de los ojos, un color rosado que nunca había tenido en vida.

Como testimonio de los hechos que así se produjeron, nosotros, vuestros servidores del monasterio de Inda, a saber: Diosdado, Levigildo, Bertado y Desiderio, te saludamos en el Señor, a ti Ardón, nuestro maestro, y pedimos de tu caridad que siguiendo la sabiduría que Dios te ha dado, compongas un escrito sobre la vida de nuestro Padre Benito y nos lo envíes. Todos nuestros hermanos de Inda te saludan, y tú, en nuestro nombre, saluda a todos nuestros hermanos de Aniano. Amén.

43. Epístola de san Benito, enviada desde el monasterio de Inda a Jorge, abad de Aniane. 10 de febrero de 821

⁸⁴< A Jorge, abad del monasterio de Aniano, en la gran beatitud y felicidad del Señor Jesús y a todos nuestros hijos y hermanos que viven con fidelidad y vigilancia según la *Regla* de nuestro Padre San Benito, envía su saludo el último de todos los abades, Benito, ya al límite de sus fuerzas.

Por encima de todo lo que puede inflamar mi alma, y ante todos los deseos que yo pueda tener, lo que me preocupa más profundamente es el deseo que tengo de vuestro avance en la práctica del orden religioso. Por otra parte, no ignoro cuáles son los nobles esfuerzos que hacéis a este respecto y cómo permanecéis fielmente atados a nuestro recuerdo, tanto que no necesitáis para nada que os exhorte. Sin embargo, llegado al término de mi vida, ignorando si podré veros alguna otra vez, sintiendo una caridad urgente hacia vosotros, quiero dirigiros algunas palabras tanto por medio de fieles amigos como por cartas.

Vosotros mismos sabéis cómo, tanto como estuvo dentro de mis posibilidades, cada vez que pude, estuve preocupado por daros un buen ejemplo, tanto por mis acciones como por mis palabras. Ahora pues, hijos míos, les ruego y les suplico, en el nombre de nuestro Señor, permanecer siempre unidos por los lazos de la caridad. Que ninguno de los que he traído aquí conmigo, o de los que envié fuera para servir de modelos o por alguna otra razón, sea visto como un extraño. Que si alguno de entre ellos quisiera volver con nosotros y vivir con nosotros según la *Regla*, recíbanlo píamente y con benevolencia, como hermanos. Gracias a Dios, los recursos materiales no les harán falta para nada.

A todos en general, pero más particularmente a los que nos están ligados por amistad, atendedlos siempre con afecto muy solícito, y como os sea posible, dad de lo que os sobre lo que necesiten otros monasterios más pobres. Al abad Modario del monasterio de San-Tiberio, concededle especialmente todos los auxilios que pueda necesitar, en una palabra, para éste como para el resto, obrad de la misma manera después de mi muerte e incluso mejor que durante mi vida.

Habiendo podido hasta aquí, por la gracia de Dios, llevar a alguna corrección muchos monasterios antes viciados, hagan todo lo que esté de vuestra parte para que ninguno de ellos (lo que te ruego no permitas, oh Dios misericordioso) pueda caer en la vía funesta.

Permanezcan siempre unidos al monasterio de Inda, como hermanos que sois. Sobre todo Elisacar, quien por encima de todos fue siempre nuestro más fiel amigo entre los canónigos, les será siempre querido,

⁸⁴ [Comienza la segunda interpolación, que llega hasta el fin del cap. 44] N.d.R.

así como sus hermanos. Recurran a él siempre que lo necesiten.

Si ahora les hablo de esta manera, es porque ignoro si los volveré a ver en este mundo, porque ya en el séptimo día de los idus de febrero⁸⁵ me vi afectado de una muy grave enfermedad que el Señor en su misericordia me envió y ahora ya no espero más que mañana, que será mi último día, y el de mi llamado a Dios.

El abad Benito ordenó, mientras vivía, el cuarto día de los idus de febrero⁸⁶, escribir lo que precede y murió el décimo tercer día de los idus del mismo mes. Fin de la carta.

44. Carta de san Benito al arzobispo Nebridius⁸⁷

*Ut valeat novos, divino semine jacto,
Ore poli madidos doctorum vomere cultus
Ordis opimus ager centenos reddere fructus⁸⁸.*

Al venerable Padre Nebridius, arzobispo, en Cristo, Benito, último abad de todos los abades, desea, en el Señor, el saludo de sempiterna felicidad.

Vengo, varón de Dios, a apelar a tu caridad, a tu afición, a tu benevolencia por mí. Quieras tú rezar sin cesar a Dios por mí, tanto como puedas, ya sea con salmos, o con misas, y hagas rezar igualmente a tus familiares, a tus amigos, a todos los monasterios a los que puedas transmitir mi petición, ya que en este momento estos auxilios me son muy necesarios. Has de saber, muy querido Padre, que lucho ya por la última vez, corro hacia mi fin, ya mi alma se está separando de mi cuerpo, y nunca más volveré a verte en esta luz con los ojos de este cuerpo.

El que tiene el poder de purificar lo que estaba impuro, de transformar a un pecador en un santo, a un injusto en justo, nos haga gozar igualmente de su reino eterno y cantar en él con todos los santos un cántico nuevo. Te suplico, muy querido Padre, ya que siempre has mostrado un gran interés por los hermanos que viven en el monasterio de Aniano, que los tengas cada vez más en tu santo amor, hasta que tu alma santa salga de tu cuerpo.

⁸⁵ 7 de febrero de 821.

⁸⁶ 10 de febrero de 821.

⁸⁷ Era arzobispo de Carbona.

⁸⁸ [“Para que el campo fértil del corazón, sembrado por Dios, cultivado por el arado de los doctores, pueda dar ciento por uno de nuevos frutos, regado por el rocío celestial”; trad. francesa en *Vie*, p. 110; cf. p. 110, nota 138] N.d.R.

Te encargo a todos mis amigos, familiares y cercanos que viven en aquellas comarcas. También en tu monasterio⁸⁹, como lo creo, has hecho todo lo posible. Preocúpate de la perseverancia de los religiosos y repite siempre y a todos la sentencia que el Señor por intermedio del bienaventurado apóstol Pablo se ha dignado advertir, tanto para los ricos como para los pobres: *Reprende, suplica, amenaza*⁹⁰. Que tu santidad sepa, como lo creo, a quién debas aplicar una u otra de estas tres acciones.

Hablo así, oh Padre, para que no quede para ti ningún daño que pueda jamás condenarte, sino que puedas justamente decir con el salmista: *No me he guardado en el pecho tu defensa, he contado tu fidelidad y tu salvación*⁹¹. Actúa en todo con caridad y discreción y que la santa Trinidad te guarde y te otorgue la vida eterna. Amén. >

⁸⁹ Se trata del monasterio de Lagrasse, del cual Nebridio era el fundador .

⁹⁰ 2 Tm 4,2.

⁹¹ Sal 39,11.